

NARCISO ALONSO CORTÉS



ESTE ERA UN PASTOR...

CUENTECILLOS

LIBRERÍA VIUDA DE MONTERO.—VALLADOLID

200"
DG
COM

Este era un pastor...

+ 1130072
C.

Este era un pastor...

CUENTECILLOS

POR

Narciso Alonso Cortés



Imprenta y Librería MONTERO, Valladolid, 1916

Este era un pastor...

Sí: este era un pastor, el cual, a primera vista, no se diferenciaba gran cosa de los demás pastores. Digamos, sin embargo, que sabía leer a trompicones y borrajear unos garabatos que, con un poco de buena voluntad, podían tomarse por letras; que improvisaba una copla, con estribillo o sin él, en menos que canta un gallo; y que tañía su flauta de caña, si no con tan portentosos resultados como Damón y Alfesibeo, *quos est mirata juvenca certantes*, a lo menos con el compás suficiente para que, a falta de mejor música, alguna rústica pareja se descoyuntase bailando. Más de un solitario viajero que, carretera adelante, caminara en una de esas noches

veraniegas de Castilla, solemnes, grandes, de estática majestad, había-se parado a escucharle; y es cosa positiva que apenas dejaba oír las primeras notas de su instrumento, enmudecían grillos y cigarras, no se sabe si a impulso de la admiración, o por el temor que naturalmente les infunde esta perversa raza humana.

Este pastor se llamaba Demetrio. El nombre no es, ciertamente, muy poético, ni corre parejas con el de los Ergastos, Sirenos, Elicios, Anfrisos, Clarenios y otros más como pulularon por imaginarias Arcadias; pero reconoceréis que tampoco es de los que espantan ni causan disgusto. Sea como quiera, Demetrio estaba contento con su nombre, y nosotros no somos quién para pretender en este punto mayor autoridad que el propio interesado.

Quedamos, pues, en que si Demetrio no se diferenciaba mucho de los demás pastores, se diferenciaba algo de los demás pastores. Hasta estoy por decir que se diferenciaba mucho.

¿Cómo, sino, explicar que en medio de su salvatiquería—no me censuréis: la palabra es de uso clásico,—que en medio de su salvatiquería revelara a veces cierta delicadeza de alma, poco compatible con chátaras y zamarras? ¿Cómo comprender sino sus repentinas murrias y tristezas, y sus inesperados raptos de alegría? ¿Cómo justificar de otro modo que muy a menudo, dentro de su rudo vocabulario, supiera expresarse con mucha viveza y colorido? Algo había, sin duda alguna, dentro de Demetrio. Yo le ví más de una vez quedar absorto ante una errante mariposa, y seguir con sus grandes ojos negros los giros del insecto; yo le ví, como otro Narciso, mirarse fija y calladamente en las aguas del riachuelo, como quien de entre las linfas quiere arrancar secretos a los hombres vedados; yo le ví, en noches de cielo purísimo, contemplar las estrellas del Carro o de las Cabrillas, y en seguida apoyarse pensativo sobre su cayado, como si hubiera leído en los astros y se parase

a meditar sobre el sentido de aquellos signos. Y aunque yo no lo ví, más de cuatro me contaron que Demetrio, estando en el monte con su rebaño, caía alguna vez en un éxtasis profundo, y como un sonámbulo vagaba por entre sus ovejas, pronunciando palabras misteriosas, no se sabe si en verso o en prosa, si razonadas o incoherentes.

A las tres de la mañana, en verano, Demetrio se desperezaba en su mísero lecho, daba un salto, vestíase las pobres ropillas, tomaba el zurrón y el cayado, y abría la tenada para que salieran las ovejas. En seguida echaba a andar tras el ganado por el regato arriba, entre un animado tintineo de cencerros y un incesante coloquio de balidos. ¿Entendía Demetrio lo que decían sus ovejas? Seguramente no; pero las distinguía en su balar, y aún sabía cuál de ellas, al hacerlo, manifestaba gozo y alegría, y cuál revelaba malestar y tristeza.

A quien sí que entendía Demetrio era a *Duque*, aquel perro sucio y des-

mirriado, de pelo ralo y flácidas carnes. Cuando *Duque* se plantaba frente a Demetrio mirándole de hito en hito, y gruñía baja y misteriosamente, el pastor sabía si su perro demandaba permiso para acuciar al rebaño, o si le contaba las picardías hechas por alguna res.

¡Triste vida la de Demetrio! ¿Y no andamos todos vagando un día y otro día, con nuestro zurrón al hombro, viendo hoy lo mismo que ayer, y siempre igual?

* * *

Los *señoritos* llegaron al comienzo del verano. Hacía varios que no iban por su finca de la Salceda, y la escasa dependencia que allá tenían—el cachicán, un mozo de mulas y el pastor,—los recibió con la solemnidad y aparato propios del caso. Al pie de la carretera, que pasaba mismamente junto a la casa de labor, se situaron los tales y sus familias, con trapos de día de fiesta, y al hacer alto la dili-

gencia de Vallerralo, corrieron a abrir la portezuela y saludar a sus amos, mientras el mayoral se disponía a descargar baúles, maletas, sombrereras y una balumba de bultos.

No sentían, no, que llegasen los señoritos, ni se inquietaban porque su presencia en la Salceda les hiciera perder la libertad que de ordinario tenían. Los señoritos eran muy buenos, y lejos de importunarlos y causarles molestia, les llevaban animación y alegría, rompiendo temporalmente la monotonía de aquellas soledades.

Los padres, don Fabián y doña Engracia, eran dos excelentes personas. Si la bondad se justipreciase por el peso, bien podría decirse que en ellos se cumplía rigurosamente la ley. Los dos rechonchos, gorditos y colorados, rebosaban en su rostro rubicundo toda la ingenuidad y benevolencia de su carácter campechano. Don Fabián era bromista y dicharachero, sin que ello redundase en menoscabo de su seriedad, bien acre-

ditada en los veintisiete años que llevaba dedicado al comercio de paños. En punto a locuacidad, doña Engracia no igualaba a su marido, porque le mejoraba en tercio y quinto, pudiendo sentar plaza de parlanchina allí donde las hubiera; mas en la hidalguía y nobleza de sentimientos, allá se andaban. Todo esto por lo que hace a los papás; que en cuanto a la niña.....

¡Ah, la niña! La niña era un primor. En lo físico no podía negar de qué tronco era rama, aun siendo menos regordeta y mejor moza que sus padres. ¿La llamaremos guapa? Si hemos de guardar respeto absoluto a la verdad, no la llamaremos guapa; pero sí diremos que tenía en su cara tal atractivo, que podría cambiarse por el de muchas bellezas. Aquellos ojos negros que la bailoteaban; aquella nariz que andaba muy cerca de ser respingada; aquella boca diminuta y risueña; aquellas facciones redondas que se envanecían con frescos y sanísimos colores, formaban un delicioso conjunto donde la

gracia se mostraba mejorada por un *no sé qué* encantador, que bien pudiera ser el *facetum* de Quintiliano.

Pues ¿y el donaire del cuerpo? Se daba también el caso de que sin ser esbelto, que no lo hubieran consentido sus redondeces, tenía una agilidad y una morbidez de contornos, que suplían ventajosamente a la esbeltez.

Todo esto en cuanto a lo físico, que si a otro género de prendas fuéramos, sería el cuento de nunca acabar. La alegría que llenaba su espíritu, salía rebosante al exterior y todo lo saturaba. Y aquella jovialidad no era el natural resultado de frívolos sentimientos, sino la comunicativa expresión de un estado de alma en que andaban parejas la generosidad y la llaneza. ¿Tristes al lado de Rosa? Tan imposible era esto como que ella lo estuviera. ¿Necesitados? Buenas monedas había en su bolsero para impedirlo.

La familia, por lo que va dicho, más bien parecerá ideal que real;

pero así era, y yo no he de falsear la verdad. Y como era así, compréndese que los criados de su finca la recibieran con los brazos abiertos.

Apeáronse, pues, de la diligencia los papás y la niña, seguidos de una maritornes bien portada, y entre los saludos, respetos y muestras de afecto de sus sirvientes, echaron hacia su casita de campo. El cachicán y el mulero se ocuparon en recoger el matalotaje, y el mayoral de la diligencia, echando mano a la gorra, lanzó un—*¡Adiós, señoritos!*—y arreó a las mulas, que arrancaron velozmente entre el cascabeleo de sus colleras.

* * *

No nos importa saber lo que hicieron aquel verano en la Salceda Don Fabián y Doña Engracia. Si el lector tiene algún interés en saberlo, baste decirle que aquel excelente burgués paseó de lo lindo por caminos y eriales, disparó algunos tiros, nada certeros, contra tordos y codornices,

y hasta recibió tal cual codillo del cura y el médico del pueblo próximo — *Valdejuncales*. En cuanto a su mujer, departió mano a mano con gañanes, agosteros y *peladoras*, distribuyó el diario alimento entre una grey no escasa de gallinas, y menudeó las visitas con las *notables* del mencionado pueblo. ¡Virgen santa, cuántas y cuán diversas cuestiones se pusieron sobre el tapete en aquellas tertulias, qué competencia de conocimientos y de verbosidad se despertó entre las congregadas, y cuántos problemas de indumentaria, agricultura y aun sociología quedaron resueltos!

Mucho más nos interesa saber la vida que hizo Rosita en aquella temporada estival, y esto es lo que ahora vamos a ver.

Rosita madrugaba. A las seis de la mañana ya estaba en pie, y aun arreglada y compuesta. Salsa de casa, daba un vistazo por la tenada y el gallinero, se aproximaba a la carretera para curiosear el paso de tal cual viandante temprano, y volvía

a sus habitaciones, donde ponía mano en los indispensables avíos domésticos y asesoraba a la encargada del negociado de cocina.

Por la tarde, después de comer, Rosita se aburría un poco, aunque procurase entretener el tiempo con labores de costura; pero en cuanto el sol se iba acercando a las casas de Valdejuncales, para ocultarse por detrás de la torre, llegaban para Rosita los momentos más felices de todo el día.

Rosita no era precisamente una niña romántica. Tenía el sentido de la realidad, y aunque viva de imaginación, estaba libre de ciertas exaltaciones muy próximas al ridículo. Sin embargo, al llegar el crepúsculo de la tarde en la soledad de aquellos campos, no podía dominar su emoción y hasta sentía ganas de exteriorizarla en palabras vehementes y en risas y en cantos.

No era el caso para menos. En sentido opuesto al pueblo, a pocos pasos de la Salceda, se extendía la

espaciosa vega, salpicada de árboles chatos, repolludos, entre los cuales seстеaban los ganados de la *dula* o algunas parejas de bueyes. Culebreando por la yerba se deslizaba una corriente de agua cristalina, demasiado pequeña para merecer los honores de río y acaso muy grande para recibir el humilde título de arroyo. En sus márgenes crecían espadañas, mimbres y una buena drecera de sauces, que sin duda daban nombre a la finca de Don Fabián. A lo lejos atravesaba el horizonte la línea desigual de unos montículos bajos y prolongados.

De la otra parte, marcaban el trayecto de la carretera dos filas de chopos, tendidas en el plano uniforme de un campo sin límites, bordado de retazos verdes y amarillos, según la calidad y sazón de los sembrados. Las casas del pueblo se acurrucaban en un descampado, como asustadas de su pequeñez ante la grandeza del paisaje.

Pero lo que idealizaba aquel con-

junto y llenaba de encontrados sentimientos el alma de Rosita, era la inefable combinación de las luces vespertinas al tenderse por los campos. Un largo brochazo gris bordeaba los montes lejanos; en la atmósfera bailoteaban sombras y resplandores, y encima del pueblo, por donde se ocultaba el sol, irradiaban singulares llamaradas rojas, verdes, áureas, que algunos días, al chocar con nubes y celajes, vibraban y jugueteaban por entre girones y desgarraduras.

Esto es muy vulgar. ¿Quién no lo ha visto? Muchos, que no creen en la poesía del llano, encontrarán inverosímil que Rosita se sintiera emocionada por semejante espectáculo. Piensen, sin embargo, que Rosita, a más de haber nacido en el llano, era capaz de sentir la poesía.

Tanto la sentía, que sin llegar a la categoría de literata, gustaba de leer cuantos versos caían en sus manos, desde los insertos en las hojas de los calendarios hasta los que en *La Elegancia Femenina*, a que su

cariñoso papá la había suscrito, publicaba cierta poetisa que se firmaba con el seudónimo de *Clavellina*.

Es el caso, pues, que Rosita todas las tardes salía por la vega a gozar de aquella deleitosa escena. Unas veces iba en compañía de su mamá, cuyo palique apartábala un poco de sus pensamientos; otras marchaba sola por la orilla del arroyo, bebiendo, por decirlo así, la grata apacibilidad que se difundía por todo el ambiente; otras, en fin, llegábase hasta donde estaba el pastor Demetrio con sus ovejas, y conversaba con él durante un rato.

«¡Toma!—dirá el lector—¡Eso ya lo veía yo venir! ¿A qué sino hablar-nos del pastor al comienzo de este cuentecillo, o lo que sea, y no volver a decirnos de él ni una palabra? ¿No se vislumbraba ya que Demetrio y la mocita habían de tener alguna relación?»

Pues alabo la perspicacia del lector, y confieso que, en efecto, ahí venía yo a parar con todos los requi-

lorios anteriores. Sigamos, pues, adelante.

Rosita y Demetrio hablaban de muchas y variadas cosas: de la vida y costumbres de las ovejas, de la cru-
deza del invierno en la Salceda, del lobo que una vez, hacía tres años, en-
tró en los *telares* del monte, y al cual Demetrio arrojó valientemente sin más armas que su garrota... Rosita gustaba mucho de la ingenua charla del pastor, y adivinaba tras su rústica apariencia cierta delicadeza instintiva.

Aquel día—creo que fué el 4 de Agosto,—Rosita llegó al paraje donde estaba el zagal en ocasión que éste, sentado sobre el tronco de un árbol derribado, comenzaba a cantar un romance:

Camina la Virgen pura,
camina para Belén,
y en el medio del camino
pide el Niño de beber...

—¿Cómo?—preguntó la muchacha—¿Sabes cantar esas cosas tan bonitas y no me habías dicho nada?

—Señorita—contestó Demetrio;— son cantares *mu* viejos... Ya nadie los canta. ¡Ya ve usted! ¡Me los enseñó mi *agüela*, que tenía ochenta y cuatro años cuando se murió!

—Pues aunque sean viejos, son muy bonitos. ¿Y te enseñó muchos?

—¡Anda! ¡Ya lo creo! El de Delgadina, el de Gerineldo, el de la Narbola, el de don Bueso...

—Pues tienes que cantarlos para que yo te oiga.

—Es que... señorita... casi todos ellos son así *mu*... vamos, que dicen cosas un poco feas.

—¿Y no sabes otros cantares?

—Como saber... sí que sé. Y hasta los saco de mi cabeza.

—¿De tu cabeza? ¿Tú sabes hacer versos?

—Versos... yo no sé si son versos. Hago cantares, y a mí me parece que *cain* bien.

—No sabía yo que eras poeta.

—¡Poeta! ¡Señorita! Los poetas son los que lo saben todo, los que adivinan lo que va a pasar.

—No, hombre, no. Poetas son los que escriben cantares y otras cosas más bonitas.

—¡Ay, quién fuera poeta!

—Verás, voy a decirte una cosa escrita por un poeta, a ver qué te parece.

Y Rosita, curiosa sin duda de ver qué efectos producían en Demetrio los estímulos de la belleza, recurrió a su memoria y dijo:

Como propias gocé tus alegrías
y sentí como propios tus dolores;
no recuerdes mi nombre cuando rías,
no olvidaré yo el tuyo cuando llores.

Aunque crezcan distantes e ignorados,
igual dan su perfume al aura pura
la rosa de matices delicados
y el pino que vegeta en la llanura.

A medida que Rosa recitaba, Demetrio quedábase absorto, como pendiente de aquella dulce palabra.

—¡Señorita!—dijo al terminar—
¡Eso es muy bonito! ¡Quién supiera
hacer cosas como esas!

—¿Te gusta?

—¡Mucho, ya lo creo! ¿Lo ha sacao usted de su cabeza, señorita?

—¡No, hombre, no! Esto lo ha hecho un poeta que se llamaba Manuel del Palacio. Pero, vamos a ver: ahora es preciso que me digas alguno de esos cantares que tú inventas.

—¡Por Dios, señorita! Si son *mu* rústicos, como yo.

—No importa. Yo quiero que me digas alguno.

—Si usted lo quiere... allá va.

Y Demetrio, poniendo uno de aquellos gestos en él comunes, que tanto parecían de atontamiento como de éxtasis, dijo así:

Al subir mi caminito
rosas y flores planté.
Quiera Dios y mi fortuna
que las encuentre al volver.

—¡Muy bien, muy bien!—clamó Rosita palmoteando alegremente.— Eso es también muy bonito. ¡Vaya si eres un poeta, Demetrio!

—¡Quia, señorita! Son cosas que

hago *pa* entretenerme cuando me aburro en el campo. ¿Quiere usted oír otro?

—¡Ya lo creo!

—Pues oiga usted:

Oveja que es para el lobo
no hay San Antón que la guarde.
Amores que han de morir
se consumen en el aire.

—¡Precioso, precioso!—dijo Rosita.—Te digo que eres un poeta de cuerpo entero.

Y cuando, terminada la conversación, regresaba Rosita a su casa de la Salceda, iba diciendo para sí:—Pues señor; si este chico no nace pastor, hubiera sido cosa de provecho. ¡Cuántos hay que debían estar guardando ovejas con más motivo que él!

* * *

¿De dónde diablos había salido aquel libro? A buen seguro que Don Fabián no le habría llevado allí. ¿Qué

sabía él de tales lecturas? Acaso el individuo que le había vendido la finca, un ricacho venido a menos, se le dejó por olvido, y allí se estuvo atrancando una de las ventanas del desván hasta que dió con él la curiosidad de Rosita. Era un librillo estrecho, alargado, en cuya portada decía así: *Obras de Garcilaso de la Vega, ilustradas con notas. En Madrid, en la Imprenta de Sancha, M.DCC.XCVI.*

Rosita leyó el libro y quedó encantada. Alguna vez había ella oído hablar de aquel Garcilaso de la Vega, pero, a decir verdad, no sabía quién era. De cualquier modo que fuese, los versos la parecían de perlas, y salvo algunas cosas que ella no entendía bien por estar escritas en lenguaje antiguo, encontraba bellísimos aquellos pensamientos llenos de dulzura, aquel reposo y apacibilidad de afectos, aquella transparencia y fluidez de palabra.

Rosita quiso que Demetrio oyera leer alguna de aquellas poesías. Tomó, pues, el diminuto libro, y vega

arriba se encaminó al lugar donde estaba el pastor.

—Mira, Demetrio—le dijo.—Te traigo aquí unos versos que te van a gustar. Escucha.

La muchacha abrió el libro al azar, y leyó así:

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que había de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Iba a seguir adelante Rosita; pero Demetrio la interrumpió diciendo:

—Señorita, señorita: lea uste eso otra vez. No puede haber nada más bonito que eso. Lea, léalo usté.

Le complació Rosita. Luego abrió el libro por otro sitio y leyó más versos. Y así estuvo largo rato, hasta dejar bien expurgado todo el libro.

Demetrio estaba inmóvil, reflejando en su rostro la más honda, la más pura de las satisfacciones. Aquella cadencia de los versos resonaba sin duda en sus oídos como música divina. Acaso no entendiera el pastor todos los conceptos vertidos por el cantor de Flérida; pero algo adivinaba allí que suspendía su ánimo, que se le entraba muy adentro y le bañaba en inefable ternura.

Muchas tardes, desde la de aquel día, Rosita leyó a Demetrio el libro de Garcilaso. El pastorcillo saboreaba línea por línea, palabra por palabra; pero no había nada que le gustase tanto como aquellos versos, los primeros que le leyó su señorita:

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores.....

Demetrio llegó a aprenderlos de memoria.

* * *

El veraneo dió fin: llegó el momento de la partida. Aquel día hubo en la Salceda movimiento desusado. Doña Engracia preparó los baúles, las maletas, las sombrereras; D. Fabián recibió la visita del médico, del cura, del maestro, que iban a darle una cordial despedida. Los criados andaban de un lado para otro, haciendo los últimos preparativos para la marcha. Se advertía allí la tristeza e intranquilidad que preceden a una partida, sobre todo cuando las personas que parten son gratas a las que se quedan.

No parece necesario decir que uno de los que con más dolor vieron llegar aquel instante, fué el pastor Demetrio. Gorra en mano se despidió de sus señoritos, expresando como Dios le dió a entender el sentimiento que le embargaba, y haciendo votos por que en el año que había de transcurrir

hasta su nueva vista, la felicidad acompañase a Rosita y a sus papás.

—¡Adiós, Demetrio!—le dijo Rosita.—Y descuida, que al verano que viene seguiremos leyendo versos.

Luego, como Demetrio había de salir al campo con sus ovejas, se despidió sin esperar la llegada de la diligencia; mas en vez de conducir el ganado, como otros días, a la anchurosa explanada de la vega, llevóle a un pradillo próximo a la carretera por donde había de pasar el carruaje con sus señoritos. Quería verlos partir.

De buena gana trasladaría yo a este lugar las mil disposiciones que dió doña Engracia; los encargos que hizo a sus servidores para la temporada entrante y para la fecha, nada cercana, del otro verano; las frases de afecto que les dedicó, adioses que les dió y consejos que les enjaretó. Pero como todo ello, sobre todo si había de ir acompañado de las detenidas advertencias con que D. Fabián corroboraba sus palabras, excedería

de mis fuerzas y requeriría una suma de papel de que no dispongo, renuncio a tan tentador deseo.

A las tres de la tarde llegó la diligencia. Embanastáronse los viajeros, aupáronse los equipajes a la baca, y... ¡adiós Salceda, que te quedas sin gente!

Poco más de un kilómetro habría andado la diligencia, cuando Rosita observó que allá, en una pradera no muy alejada de la carretera, pacía un rebaño de ovejas. No había duda: era el ganado de su casa. Allí estaba Demetrio. Rosita sacó el pañuelo para darle el último adiós.

Sí, allí estaba Demetrio; Demetrio, que no apartaba su vista de la carretera, y que al ver agitar un pañuelo en la ventanilla de la diligencia, sintió que su corazón daba un vuelco. Miró, miró ávidamente, y mirando sin pestañear estuvo hasta que el coche desapareció en una revuelta lejana, mientras el blanco lienzo flameaba sin cesar. Lentos, pausados, los labios de Demetrio murmuraron así:

El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado,
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.....

¿Sería verdad? Cualquiera diría,
al observar que cesaba en su recita-
ción y alzaba el brazo hasta tocar en
el rostro, que Demetrio había limpiado
una lágrima furtiva con la manga de
su zamarra.



Buscar tres pies al gato

(CUENTO DEL OTRO JUEVES)

Pues, señor, que en Valdelucia, buen pueblo de pesca, donde todo andaba manga por hombro, vivía un zapatero llamado Juanillo, hombre de pelo en pecho, bueno como el pan, pero que siempre tenía el santo de espaldas. Era, pues, más pobre que Carracuca, y cuando, de higos a brevas, le caía algún chapúz, el hombre se ponía más alegre que unas castañuelas y echaba la casa por la ventana, como quien ha puesto una pica en Flandes.

No se crea que Juanillo era un hombre de esos que apenas saben de la misa la media y se andan siempre por las ramas; por el contrario, sabía dónde le apretaba el zapato

y, cuando era necesario, ponía pies en pared sin pararse en pelillos. Tampoco gustaba de estar mano sobre mano, mirando las musarañas o papando moscas, sino que arrimaba el hombro en las ocasiones y trabajaba como un negro; pero, como tenía tan mala sombra, nunca le llegaba la buena y andaba siempre a la cuarta pregunta. El, aunque hacía de tripas corazón, las veía ya muy negras, y temía que aquello iba a terminar como el rosario de la aurora.

Juanillo tenía un amigo, buena pieza, que ardía en un candil y no se ahogaba en poca agua, porque tenía buenas tragaderas. Juanillo y Perico—que así se llamaba aquel peine—estaban a partir un piñón; pero eran tan diferentes como el agua y el vino. Perico entendía la aguja de marear; se había echado el alma a las espaldas, poniéndose el mundo por montera, y a trüeque de llenar la andorga o empinar el codo, era capaz de sacar pelotas de una alcuza. Charlaba como un descosido, sabía

bailar el agua a los más ricos, y como andaba siempre de la ceca a la meca, era más conocido que la ruda. Así iba trampeando. No es que pudiera tratarse a cuerpo de rey ni a qué quieres, boca; pero andaba siempre a caza de gangas, y, por zancas o barrancas, de todas partes sacaba raja. Era una ardilla. No había pez como él en toda la comarca. ¡Vaya un pájaro!

Pero no todo el monte es orégano. Llegó un día en que se acabó lo que daban. Sus protectores le dejaron a buenas noches, mandándole con la música a otra parte, y Perico se quedó a la luna de Valencia. Entonces, por no dar su brazo a torcer, decidió tomar las de Villadiego, esto es, poner tierra por medio, resuelto a correr la gandaya aunque fuese en el quinto infierno.

Perico contó de pe a pa su proyecto a Juanillo. Este creyó que su amigo había perdido la chabeta, y le echó un jarro de agua fría, poniendo los puntos sobre las íes.

—¡Pero hombre!—le dijo—¡Tú eres un loco de atar! ¡Tú no sabes lo que te pescas! ¿Crees acaso que en otras tierras atan los perros con longaniza? No te marches de aquí ni hagas castillos en el aire, porque irás de Herodes a Pilatos y a la postre volverás sin pluma y cacareando, como el gallo de Morón. ¿Quién te mete en camisa de once varas?

Perico lo tomó por donde quema y dijo:

—¿Pero tú te has creído que estoy en Babia? Yo tengo mi alma en mi almario y no suelo hablar a tontas y a locas. Te aseguro que no ha de faltarme un agujero donde meterme, porque no tengo pelo de tonto. Y en resumidas cuentas, yo hago de mi capa un sayo. Lo que fuere sonará.

—¡Allá se las campanee!—dijo Juanillo para su capote—Se le ha metido entre ceja y ceja y no le convencerán frailes franciscos. Querer sacarle de sus trece es pedir peras al olmo ¿Para qué he de predicar en desierto y machacar en hierro frío? Su alma en

su palma. Pero ¡ya se lo dirán de misas!

Y dicho y hecho. Cierta día Perico, a la chita callando, tomó el tole y pian pianito echó a andar carretera arriba. Como no tenía nada que perder, todo le salía por una friolera.

Perico, sin duda alguna, pasó entonces las de Caín. ¿Por dónde anduvo? ¡Averígüelo Vargas! Suponemos que pasaría buena gazúza, que andaría a salto de mata y se vería más de una vez en calzas prietas. Pero había nacido de pie, y como el mundo da muchas vueltas, al cabo de algunos años aquel pelagatos que no tenía donde caerse muerto, reapareció en Valdelucia tan ancho que no cabía en el pellejo, escupiendo por el colmillo y con más orgullo que don Rodrigo en la horca. Por arte de birlibirloque había hecho una fortunita y llevaba bien cubierto el riñón.

Los valdelucianos, cuando le vieron dándose pisto, se quedaron de una pieza. Algunos, suponiendo que había gato encerrado, tocaban el cielo

con las manos y ponían a Perico como chupa de dómine. Otros, los más, le hacían cucamonas y le limpiaban las motas, por si se les pegaba algo. Él, entretanto, sin dársele un ardite de aquellos pazguatos, los miraba por encima del hombro y ni siquiera les decía: Por ahí te pudras.

Juanillo se vió entre la espada y la pared. Estaba en brasas por saludar a su amigo, y al mismo tiempo temía que le echase con cajas destempladas. Pero como entonces atravesaba una crujía espantosa, decidió jugar el todo por el todo, en la esperanza de que su amigo aflojase la bolsa, aunque fuera a regañadientes. Cierta día, pues, se puso de punta en blanco, y más tieso que un ajo marchó en busca de Perico.

—Perico—le dijo de sopetón:—tú fuiste mi compañero de armas y fatigas. Siempre fuimos uña y carne, bien lo sabes... Estoy con el agua al cuello. Sácame de este atolladero.

—Pára, pára el jaco—contestó Perico.—¿Es que se habla así a una

persona de campanillas? ¡Me gusta la salida de pie de banco! ¿En qué bodegón hemos comido juntos?

A Juanillo le llegó a lo vivo, y como tenía malas pulgas, estuvo en un tris que lo echara todo a rodar, cantando las cuarenta a aquel piojo puesto en limpio y poniéndole como hoja de peregil; pero como a la fuerza ahorcan, tragó saliva y habló así, aunque la procesión andaba por dentro:

—Perdone usted si se me fué el santo al cielo. Yo creí que era usted el mismo Perico que trataba conmigo mano a mano y hasta iba en mi compañía a picos pardos.

—No hay tales carneros; y además, no está la Magdalena para tafetanes ni el horno para bollos—repuso Perico.

—Sí, sí—contestó Juanillo,—ya se ve que usted pica muy alto y que yo soy la última palabra del Credo. Unos nacen con estrella...

—Al grano, al grano—interrumpió Perico con cara de pocos amigos.

—Pues el grano—dijo el otro cui-

tado—es que estoy más pobre que las ratas; que no encuentro una peseta por un ojo de la cara, y que si usted no me da unos cuartos para comer, estiro la pata en menos que canta un gallo.

Bien creyó Juanillo que pedía cotufas en el golfo, y que su examigo se llamaría andana o haría oídos de mercader, dándole con la puerta en los hocicos. Quedóse, pues, viendo visiones cuando observó que Perico se rascó pelo arriba y dijo:—Eso es harina de otro costal,—y sacando dos ojos de buey se los entregó a tocateja, mondos y lirondos. Pero lo hizo con tales ínfulas y poniéndose tantos moños, que bien pudiera perdonarse el bollo por el coscorrón.

—¡Bah!—pensó luego.—Por sí o por no, venga la mosca, que lo primero es lo primero y mejor es aguantar vela que comerse los codos de hambre. Si algún día me soplan buenos vientos, le devuelvo lo suyo y Santas Pascuas.

Y parece que aquello fué mano de

santo. Desde entonces le llovieron los encargos, y los parroquianos acudían a su casa como moscas a la miel. Hizo su agosto en poco tiempo; y como no se le cocía el pan hasta pagar aquel pico, cierto día se plantó en casa de Perico y sin decir oxe ni moxte puso en su mano las diez del ala.

—No es puñalada de pícaro—dijo el otro;—pero en fin, a Segura le llevan preso. Yo bien creí que me la jugabas de puño y te alzabas con el santo y la limosna.

Juanillo, que no quería andar en dimes y diretes ni perder los estribos por un quítame allá esas pajas, optó por tomar la puerta sin decir esta boca es mía.

Perico no contaba con la huéspedea; pero cierto día se encontró con la horma de su zapato. El diablo, que no duerme y todo lo añasca, quiso jugarle una mala pasada, dándole un disgusto de padre y muy señor mío.

Sucedió, pues, que una noche, negra como boca de lobo, llovió a cántaros en Valdelucia. Rios y arroyos se salieron de madre, y en un periquete el pueblo quedó inundado. Los vecinos, viéndose en un brete, corrían como alma que lleva el diablo; al fin, todos salvaron la pelleja, pero del susto no les llegaba la camisa al cuerpo. Solamente Perico, que dormía a pierna suelta, lo mismo que un tronco, al despertar se encontró de manos a boca con el agua que llegaba a su ventana. Se le pusieron los pelos de punta. Todas las calamidades que había pasado en su vida de perros, eran tortas y pan pintado junto a semejante apuro.

Entretanto los valdelucianos, como estaban con el alma en un hilo, no se acordaban de Perico ni del santo de su nombre. Sólo uno, Juanillo, tomó en un santiamén la barca de un pescador, y sin pararse en barras remó hacia la casa de Perico, el cual, al observar que llegaba su antiguo amigo, vió el cielo abierto.

«—¡Juanillo!—le dijo a gritos.—
¡Compañero mío de armas y fatigas!
¡Sálvame! ¡No me dejes con el agua al
cuello!

«¡A mí que las vendo!—pensó Juanillo.—Has caído en el garlito y va a costarte la torta un pan». Y luego, en voz alta, dijo:

—¡Pára, pára el jaco! ¿Es que se habla así a una persona de campanillas? ¡Me gusta la salida de pie de banco! ¿En qué bodegón hemos comido juntos?

—¡Por Dios!—exclamó Perico.—
¡No tomes a pecho mis ofensas! ¡He sido un necio de tomo y lomo! ¡Pero canto la palinodia!

—A otro perro con ese hueso—dijo Juanillo.—El que no te conozca, que te compre. ¡No hay tu tía! Ya sé de qué pie cojeas.

Juanillo hizo ademán de largarse, y entonces Perico puso el grito en el cielo.

—¡Basta, hombre, basta!—dijo Juanillo.—He querido tan sólo ponerte las peras a cuarto; ahora, que ya has

visto las orejas al lobo, te sacaré los pies de las alforjas. Pero en lo sucesivo advierte que es preciso andar con pies de plomo; que, aún teniendo la sartén por el mango, nadie debe alzar el gallo, porque se expone a que le salga el tiro por la culata; que, cuando menos lo pensamos, se vuelve la tortilla: y que dijo muy bien aquel que dijo: Arrieritos somos...

—¡Hablas como un libro!—repuso Perico.—¡Yo había tomado el rábano por las hojas! Se me había subido el tufo a la cabeza, y a pies juntillas creía que oros son triunfos... Pero no echaré en saco roto la lección de hoy.

Juanillo puso en salvo a Perico, que estaba más corrido que una mona. Desde entonces cambió tanto como si le hubieran vuelto del revés. Ni volvió a subirse al guindo, ni a firárselas de plancheta; trató a todos a la pata la llana, y bendijo a su amigo Juanillo que le había abierto los ojos, haciéndole caer de su burro.



El acróstico

No había en toda la sociedad de Villeda ninguna muchacha que pudiera compararse con Salud. En cuanto a cara bonita, es posible que alguna pudiese sostener dignamente la competencia; pero ¿en punto a leída y escribida? Ni pretendía ninguna ponerse frente a ella, ni conseguiría, la que a tanto osara, más que evidenciar su lamentable inferioridad. ¡Era mucha mujer aquella Salud!

Cuentan algunos vecinos de Villeda que Salud se pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, entregada a la lectura de varios y heterogéneos libros. Ella conocía de cabo a rabo las novelas

de Pérez Escrich, de Fernández y González, de Ortega y Frías, de Tárrago, Castellanos y Luis de Val, y al menor requerimiento disertaba sobre Felipe II y Antonio Pérez, o sobre las esposas mártires y los maridos verdugos; ella trataba mano a mano a Sherlock Holmes, Nick-Carter, Raffles, Rocambole y demás pandilla de ladrones y policías; ella sabía de corrido las aventuras del caballero Artagnan y las de Claudio Frollo; ella recitaba de memoria los versos de Emilio Carrère... Hasta hay quien supone que Salud estaba familiarizada con la Celestina de Mirbeau y la Flora de Felipe Trigo.

También componía versos. No podré asegurar a los lectores si eran buenos o malos, porque, aunque los componía, no los daba a la imprenta, y se contentaba con recitarlos en voz campanuda y vibrante. Admirables parecían a quienes los escuchaban; pero esto no es razón suficiente para que afirmemos su bondad, ya que con

tales recitaciones suelen dar gato por liebre muchos poetas, alucinando a cualquiera, máxime si ese cualquiera es persona profana.

Tales méritos tenía Salud. Mas ¡ay! que junto a tales méritos tenía una tontería supina, que la hubiera hecho insufrible a cuantos la trataban, si no supieran ya de qué pie cojeaba. Así y todo, más de una vez había sufrido los desplantes de algún descarado, poco dispuesto a soportar necedades bien aderezadas, o las burlas con que algún bromista ponía en evidencia la ridícula vanidad de la poetisa. Y, a la verdad, ¿quién podría escuchar en calma aquella palabrería vana, donde la extemporánea alegación de libros ajenos se mezclaba con las alabanzas propias? ¿Quién tendría paciencia para aguantar uno y otro día la locuacidad de aquella marisabidilla, tan envanecida de su talento como de su hermosura?

Porque de hermosura presumía también Salud, y no absolutamente sin razón. Correctas eran sus faccio-

nes; pero mostraban una frialdad estatuaria, una inexpresión que contrastaba con los fogosos arranques de vehemencia de que alardeaba la pseudo-literata. Acaso por ser guapa la perdonaban los hombres sus fatuidades, y acaso por serlo con aquella limitación, y porque sabían a qué atenerse respecto a su indiferencia amorosa, transigían las mujeres con Salud, y aun la erigían en directora de sus tertulias y pasatiempos.

Salud, en efecto, era indiferente y desdeñosa para con los hombres. ¿Acaso sería incapaz de sentir los estímulos del amor? A creerla a ella, su ardiente y apasionado corazón, ávido de amar, estaba siempre esperando la llegada del hombre deseado, del sér misterioso a cuya presencia «se inundarían de tibia y fulgurante luz los escondidos ámbitos de su alma.» Mas ¡ah! que en Villeda no había ningún hombre digno de ella. No había Leandros, ni Paolos, ni Abelardos, ni Romeos: sólo había vulgares labradores y abogadillos

prosaicos, ninguno de los cuales merecía besar donde ella hubiese pisado.

Y así desfilaron por ante la poetisa todos los muchachos de Villeda— porque, lo que es pretendientes, los tenía a montones,—y todos se refiraron con su correspondiente impedimenta de calabazas. Cuéntase que en cierta ocasión se presentó a ella, dispuesto a casarse por la posta, Eugenio Rivagorza, hijo del diputado provincial por el distrito, cuyas riquezas eran proverbiales en toda la comarca; y cuando el hombre expresó a la buena de Dios sus amantes deseos, ella le contestó simplemente: «Prometo dar a usted mi mano de esposa, si me escribe su declaración en unos pareados». «Pareado me vea yo—repuso el otro, que no tenía nada de tonto,—si insisto en casarme con quien en asuntos de tanta monta tiene semejante salida de pie de banco.»

Precisamente al comenzar esta puntual y verídica historia, habíase dirigido a Salud, en demanda de amo-

rosas relaciones, un joven villedense, acaso el único que pudiera, por sus condiciones especiales, aspirar a tamaño honor. Luis Aldaro—así se llamaba,—era poeta. En algún periódico de la capital, y en otro que él había fundado en su pueblo con el título de *El Eco de Villeda*, publicaba numerosas poesías, a menudo firmadas con el poético seudónimo de *Amaranto*. Tal vez ellas no fueran obras maestras de inspiración, pero ¿quién podría presumir en Villeda de hacer otro tanto?

Luis Aldaro era sumamente simpático. Alegre, decididor y campechano, todos los villedenses le estimaban sobremanera. Tenía también sus puntas y ribetes de burlón y sus asomos de humorista, y aun los exteriorizaba en *El Eco de Villeda* insertando unas *semblanzas* donde aparecían, graciosamente caricaturizados, los personajes más significados de la villa. Todavía se recuerda en Villeda una de aquellas semblanzas, donde el juez municipal, hombre muy inclinado a

las hijas de Eva, aparecía retratado de este modo:

Cuando vaya al infierno—pues por fuerza iré al profundo infierno de patitas,— si a pasar, asustado, se negase por la laguna Estigia, sólo tiene Caronte que decirle:
—Pasa, Rufo, que hay niñas.

Cuando Luis comenzó a hacer cucamonas y a rondar la calle de Salud, muchos creyeron que lo hacía por puro pasatiempo, o tal vez por reirse a su sabor de la presumida literata. Pero al observar que insistía en hacer el poste frente a los balcones de ésta, y que en calles y en paseos la distinguía con sus saludos y atenciones, llegaron a creer que la cosa iba de veras. Y entonces no dudaron un instante que la poetisa correspondería *ipso facto* al poeta. ¿Cómo había de despreciar a un predilecto de las musas, a un hombre que sabía, como ella, elevarse a las sublimes regiones de la imaginación y del ensueño?

Al fin, Luis lanzó su carta de declaración. Poética era si las hay. En ella el redactor de *El Eco de Villeda* agotaba los tópicos amorosos y los epítetos encomiásticos, arrojando en el pliego de metida letra tal profusión de «pechos traspasados» y de «corazones heridos», que no había por donde cogerle. Salud era, cuando menos, una «Angélica ideal en cuyas manos estaba la vida de su desdichado Medoro», y éste perseguía con tanta ilusión el amor de la bella «como los perfumes buscan el cielo, como los ríos buscan el mar». Una mirada de Salud era para él «la revelación de dichas supremas, sólo conocidas de los bienaventurados que moran en el Empíreo».

Salud recibía todas las noches en su casa a cuatro o seis amiguitas suyas, que charlaban alegremente o escuchaban los versos de la poetisa, mientras las mamás se entregaban a la prosaica labor de hacer calceta. El día que recibió la carta de Luis, y apenas estuvieron reunidas todas las

contertulias, Salud levantó triunfalmente en alto la amorosa misiva y exclamó con acento de indefinible satisfacción y orgullo:

—¡Ved, ved! ¡El héroe rindió sus trofeos a los pies de la estatua! ¡El poeta proclamó el nombre de su musa! ¡Luis se me ha declarado!

—¡A ver, a ver!—gritaron todas con avidez.

Y Salud leyó la carta. Inútil es decir que a aquella sencilla congregación de muchachas la parecían de perlas los conceptos que Luis, en alas de su exaltación amorosa, había estampado en el papel. No era posible expresar con mayor belleza y entusiasmo la pasión que le devoraba.

—La verdad es—dijo la hija del boticario, niña pálida y flacucha—que este Luis dice cosas muy bonitas, y que está enamorado de ti hasta los tuétanos.

—¡Ay, hija!—agregó la niña del juez, que, según parece, había concebido ciertas esperanzas respecto a Luis.—Tienes una suerte que ¡ya, ya!

—Por supuesto—terció la de don Lucas, mayor contribuyente de Villeda,—que tú pensarás decirle que sí.

Salud miró de alto a bajo a la interpelante, y luego repuso, con gesto de supremo desdén.

—¿Decirle que sí? ¿Corresponder yo a un triste poeta sin inspiración, ni nervio, ni fantasía? ¡No me faltaría más que eso! Decidme: ¿qué meritos tiene Luis? Escribir coplas mediocres, donde ni una sola vez se vislumbra el resplandor del genio. ¿Y queréis que yo le corresponda? No, no es digno de mí. No es el hombre que yo he soñado, y que ha de venir a ceñir mis sienes con fantásticas guirnaldas tejidas de rimas.

—Pero mujer—repuso una de las muchachas;—ten en cuenta que Luis es el chico de más talento de Villeda; que escribe en los periódicos de la capital y todos dicen que vale mucho...

—¡Jamás, jamás!—exclamó la literata.—El día que yo conceda mi amor

a un hombre, ha de ser creyéndole digno de mí.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?— preguntaron las otras.

—¿Qué voy a hacer? Vais a verlo, Y sacando un pliego de cartas, de la caja que a mano tenía, tomó la pluma y escribió lo siguiente:

«Sr. D. Luis Aldaro.—Señor mío: Me maravilla que un poeta pueda expresar en prosa sus sentimientos amorosos. La pasión del amor, la más delicada de las pasiones, exige el lenguaje sublime de la poesía. Si quiere V. que sea sensible a sus ruegos, preciso es que me lo diga en verso. Escríbame un acróstico, y entonces daré a sus palabras mi aquiescencia absoluta. — Su afectísimas, Salud.»

—Pero, mujer—dijo una de las muchachas cuando Salud hubo leído esta carta:—si vas a decirle que no, ¿por qué le obligas a que te escriba en verso?

—Yo bien sé lo que hago—contestó la literata.—Quiero que estruje su magín y que nos divierta un poco antes de darle la contestación definitiva.

* * *

Luis no hizo impacientar mucho tiempo a Salud y sus amigas. Cuando a la noche siguiente llegaron éstas a la tertulia, Salud se apresuró a leer la carta y el acróstico que Luis, deseoso de servir a la señora de sus pensamientos, había enviado horas antes. La carta decía así:

«Bellísima Salud: Los deseos de usted son para mí órdenes. Envío a V. el acróstico que desea, complaciéndome en que mi pobre inspiración se emplee en enaltecer su simpar hermosura. Lea V., de arriba a abajo, las primeras letras de mi humilde poesía, y en ellas encontrará la afirmación de una verdad incontrastable.—Su rendido adorador, Luis.»

El acróstico era este:

Siempre que escucho tu voz
Aumenta mi amante fe.
Las frases tuyas, Salud,
Unidas van a mi bien.
De ti depende mi dicha,
En ti cifro mi interés,
Rindiéndote con constancia
El culto de mi amor fiel.
Si tú hicieras, niña amable,
De escucharme la merced,
Ilusionado pondría
Ofrendas a tu desdén.
Sabes, Salud, que por ti,
Angustiado soporté
De mi indefinible amor
El tormento en que me ves.
Los frutos de mi amor firme
Ansiando al fin recoger,
Busco el manantial que, amante,
Extinga mi ardiente sed.
Lloro, bien lo sabes tú,
Engaños de amor cruel,
Zozobras de ardiente pena
Arrojadas a tus pies.

—Aquí tenéis, aquí tenéis— dijo
Salud rebosando alegría. El poeta ha
cumplido mi mandato. Vedlo bien

claro. Leyendo de arriba a abajo las primeras letras, como Luis indica, dice lo siguiente: *Salud, eres diosa de la belleza.*

—¡Pobre muchacho!—exclamó la del juez, mientras todas ellas, maravilladas, deletreaban el lema del acróstico.—¿Y haciendo por ti unas cosas como esas, todavía le vas a dar calabazas?

—¡Vaya si se las doy! Ahora verá ese poetilla que no todo es tan llano como le parece. El creyó, sin duda, que porque todo Villeda le rinde parias y le tiene por un sér excepcional, yo había de acceder a sus pretensiones. ¡No en mis días!

—Pero, mujer, piénsalo—dijo una de las amigas.—Al fin y al cabo Luis, dejando a un lado lo de la poesía, no es para despreciar. Es buen mozo, simpático, tiene una posición muy decente...

—Pensado está—interrumpió Salud.—Y para que presenciéis la terminación del bromazo, ahora vais a ver lo que le confesto.

Y, diciendo y haciendo, tomó pluma y papel y escribió así:

«Sr. D. Luis Aldaro.—Señor mío: Llega a mi poder su ingenioso acróstico. ¡Lástima que no sirva para conseguir lo que V. desea! Porque siento comunicar a V. que en mi carta anterior padecí un error. Al decir a V. que cuando recibiera el acróstico le daría «mi aquiescencia absoluta», quise decir «mi negativa absoluta.» Recíbala V., pues, con esta misma carta. Su afma., Salud.»

De nada sirvieron las reflexiones que a Salud hicieron sus amigas para disuadirla de semejante determinación. La poetisa se mostró irreducible, y la carta fué a su destino.

* * *

Terminado estaba el asunto, suponía Salud, y no sin que el presumido poeta llevase su merecida lección. Mas he aquí que a la noche siguiente, cuando reunida estaba toda la tertulia, llamaron a la puerta de Salud y un golfillo hizo entrega de una carta, de

parte de D. Luis Aldaro. La expectación fué enorme. ¿Qué diría Luis? ¿Insistía en sus ruegos?

Salud, que no podía ocultar su impaciencia, rasgó el sobre y leyó así:

«Srta. Salud Antúnez. — Enterado de su carta, lamento mucho que mi acróstico no baste a quebrantar su rigor. Pero he de comunicar a V. que también yo padecí un error en mi última carta. Lo que quise decir es que, para entender el acróstico, había V. de leer, de abajo a arriba, sus últimas letras. Suyo afmo., Luis Aldaro.»

Salud corrió en busca del acróstico; leyóle como Luis indicaba, y... y se quedó de una pieza.

Dícese que aún están riendo en Villeda la burla jugada por Luis Aldaro a la super-hembra.



La cabeza del burgomaestre

El burgomaestre de Saanak era un funcionario recto, probo e inteligente. Tal vez, al decir de sus convecinos, pecara un poco de riguroso en sus decisiones; pero siempre se guiaba por un espíritu de estricta justicia. Por otra parte, habfa tomado su cargo con la mayor seriedad posible, y era de ver cuando asistía a la *gilde* en traje de etiqueta, o cuando en las bodas pronunciaba las palabras sacramentales entregando a la novia el simbólico *hoofanaald*.

Es Saanak una ciudad pequeñita, situada en el país de Zuid-Beveland, en Holanda. Ni su magnífica iglesia gótica del siglo xv, ni su museo de

antigüedades zelandesas, ni las facilidades que el cercano Escalda ofrece para el tráfico, influyen un ápice en la prosperidad de la ciudad. Siempre será un montón de casas ruinosas, entre las cuales se abre una gran plaza, iluminada de noche por mortecino farol colgado de un palo.

Sin embargo el bueno de Jan Choorker—así se llama el burgomaestre de nuestra historia—no cambiaría sus funciones por las del más poderoso soberano. Respetado de sus súbditos, conocido en toda la comarca por sus excelentes cualidades, se considera feliz al frente de su gobierno. Para colmo de dicha, es padre de la muchacha más bonita de los alrededores; llámase Roosje (Rosa), y en nada envidiaría a la hermosa joven del mismo nombre, protagonista de la conmovedora leyenda de Bellamy.

Padre e hija, pues, vivían disfrutando la más apacible tranquilidad; él entregado de lleno a sus elevadas funciones, ella a los quehaceres domésticos; y todo el mundo los salu-

daba atentamente cuando, en los días de precepto, se encaminaban ambos a la iglesia, envuelto el padre en su amplio *kappe*, con sus gafas de metálica armadura y su descomunal pipa, ostentando la hija su sombrero de paja con broches de oro y su vestido de terciopelo verde.

* * *

Cierta mañana, cuando Jan Choorkerk se levantaba del lecho, oyó en la calle voces alarmantes. Casi al mismo tiempo sonaron en su puerta precipitados golpes, y varios hombres y mujeres exclamaron:

—¡Heer burgomaestre! ¡Heer Jan!
¡Un crimen! ¡Un crimen!

¡Un crimen! He aquí una palabra que ya se le había olvidado a Jan Choorkerk. Los pacíficos habitantes de Saanak no dan nunca lugar a hechos de este género, y de ordinario el burgomaestre no interviene más que en riñas sin importancia, promovidas casi siempre en los *drift* o días de pago.

Así es que el asustado funcionario, seguido de su hija Roosje, bajó precipitadamente, y abriendo la puerta preguntó a la multitud que se agolpaba ante su casa:

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

—Señor—contestó con acento de espanto uno de los que formaban en primera fila:—que al ir al trabajo hemos encontrado junto a la iglesia un cadáver, lleno de cuchilladas.

—¡Un cadáver!—exclamó Choorkerk no queriendo dar crédito a lo que oía.

—Sí, señor—repuso una de las mujeres.—Y nos parece que es Bylo el zapatero.

—Pronto, vamos al lugar del suceso —agregó el burgomaestre; y luego, dirigiéndose a su hija:—Roosje, hija mía, espérame, que voy a cumplir mi sagrado ministerio.

En efecto: el burgomaestre se encaminó en dirección a la iglesia, con toda la velocidad que sus piernas le permitían. Detrás le seguía el grupo de gente, engrosando por momentos

y comentando en voz baja el espantoso delito.

Al llegar junto a la iglesia, vió Jan Choorkerk por sus propios ojos que no le engañaban. En medio de un charco de sangre, cosido a puñaladas, yacía el cadáver de Bylo el zapatero.

* * *

¿Quién era el autor de tan terrible crimen? El burgomaestre comenzó en seguida las diligencias a fin de descubrir al asesino y darle el condigno castigo.

Bien pronto averiguó que Bylo, en la noche anterior, había rondado la ciudad en unión de un sujeto llamado Marnix; que juntos recorrieron todas las tabernas, escanciando abundantes vasos de *claar* y de *grog*; y que algunas personas los habían visto disputar acaloradamente, excitados sin duda por el alcohol.

Esto ya era algo. El burgomaestre dió órdenes para prender a Marnix, y no fué difícil atraparle en su propio domicilio.

El presunto asesino confesó que, efectivamente, en la noche anterior había acompañado al zapatero por todos los tugurios de la ciudad, y que acerca de quién bebía más, había sostenido con él una riña; pero a continuación añadía que a las doce se había retirado a su casa, dejando a su camarada en las cercanías de la iglesia.

Para el perspicaz burgomaestre no valían estas argucias. A juicio suyo, el matador de Bylo era Marnix y nada más que Marnix. Él buscaba, naturalmente, el medio de probar su inocencia, pero todos los indicios se inclinaban a demostrar su culpabilidad. Por eso servía de poco que Marnix, al verse acusado del crimen, exclamara con desgarrador acento:

—¡Por las cenizas de mis padres os juro que soy inocente!

Como la ley concedía entonces a los burgomaestres todo género de facultades, Jan Choorkerk activó el proceso todo lo posible. Tomó las últimas declaraciones, reunió los últi-

mos datos, y días después dictaba la sentencia. ¡Terrible sentencia, como no se recordaba en Saanak desde luengos tiempos! Marnix había sido condenado a la decapitación.

La ejecución de la pena se demoró sólo el tiempo necesario para que llegase el verdugo desde remota comarca. El ejecutor de la justicia no se hizo esperar, y cierto día los habitantes de Saanak vieron rodar la cabeza de Marnix al golpe de la fatal cuchilla.

* * *

El día de la ejecución, Jan Choorkerk se metió en la cama nervioso, azorado. Los detalles de tan tremenda escena le ponían los pelos de punta, sobre todo al considerar que él era quien había estampado la firma condenatoria.

Al intentar dormirse, una idea tan espantosa como tardía asaltó su mente. ¿Y si Marnix era en realidad inocente? ¿Y si había subido al caldoso para expiar un delito que no había cometido? Ciertamente que todos los

indicios le acusaban, pero ¿era esto suficiente para tomar tan extrema resolución?

Pronto la fiebre hizo presa en el infeliz burgomaestre. Daba vueltas en la cama, se incorporaba creyendo oír ruidos espantosos, ocultábase entre las sábanas para rehuir los espectros que aparecían a su vista. En una de sus alucinaciones, veía distintamente el lúgubre tablado, en el centro de la plaza de Saanak; Marnix subía a él lentamente, con las manos atadas, el rostro pálido, los ojos desencajados... Miraba a Jan Choorkerk, y con voz a nada comparable le gritaba: ¡Asesino, asesino!

Otras veces se borraba aquella visión, y en medio de la oscuridad de la alcoba aparecía la cabeza de Marnix, ensangrentada, saltando de un lado para otro. Hacía terribles muecas, movía la boca y los ojos, y luego corría hacia él para darle un beso...

¡Terrible noche para el desventurado burgomaestre! Cuando ya amanecía, cuando ya la luz se filtraba por las

rendijas del balcón, Jan Choorkerk oyó un ruido tétrico, horroroso... el mismo ruido que escuchara cuando la cuchilla del verdugo cayó sobre el cuello de Marnix. Lleno entonces de pavor, temblando de miedo, se llevó las manos a la cabeza... ¡Horror! Su cabeza no estaba allí. El burgomaestre sólo tropezaba con el seccionado cuello, lleno de sangre coagulada.

Creyendo que era víctima de una pesadilla, se tiró precipitadamente del lecho, abrió las ventanas y corrió a mirarse en el espejo colocado sobre la mesa de tallada caoba... No cabía duda... ¡No tenía cabeza! Sus dos hombros, puestos a nivel, no tenían nada sobre sí...

El burgomaestre abrió la puerta y se precipitó por ella a grandes pasos, como un loco. En aquel momento llegaba Roosje, alarmada por el ruido que se oía en la habitación de su padre. Al verle, retrocedió asustada, en tanto que el burgomaestre exclamaba con espantoso acento: —Roosje, ¿has visto mi cabeza?

Después bajó las escaleras y salió a la calle. Algunos campesinos marchaban a sus faenas. Al acercarse Jan Choorkerk huyeron a la desbandada, con el asombro y el terror pintados en sus rostros. El burgomaestre, corriendo siempre, preguntó a grandes voces:

—¿Habéis visto mi cabeza?

Lanzóse a través de las calles, entró en la iglesia, salió a la campiña, preguntando donde quiera que encontraba un sér humano:

—¿Habéis visto mi cabeza?

* * *

Han pasado muchos años; todavía el burgomaestre Jan Choorkerk recorre los campos del país, preguntando siempre por su cabeza.



El Juez de Valdagua

I

Al salir de las aulas universitarias, hecho todo un jurisconsulto, me encontré de buenas a primeras, sin preparación alguna, en el áspero sendero de la realidad. Hasta entonces todo había sido liso y llano. La vida de estudiante transcurrió para mí feliz y agradable, sin abundancias, porque el escaso peculio de mis padres no les permitía grandes dispendios, pero también sin escaseces ni apreturas. El problema surgía entonces, cuando ya, en posesión del título codiciado, había de crearme por mis propios esfuerzos una posición.

Por fortuna, yo había sido un estudiante más que regular. Alguna extra-

ñeza me causó, al ingresar en la Universidad, todo el artificio jurídico, con sus excursiones históricas al campo romano, donde la ley Papia Popea me sonaba como un martilleo, y sus difíciles escarceos en derredor de contratos y cuasi-contratos. Pero cuando me orienté en aquel laberinto, cuando examiné con calma sus recovecos y quebraduras, me vi como en terreno propio y pude caminar sin vacilaciones. Esto me inspiraba cierta confianza, y garantizaba las probabilidades de encontrar una *salida* más o menos conveniente. Y, en efecto: sin titubear un instante me lancé por el camino de la oposición, con tan excelente fortuna que bien pronto me vi en posesión de un Juzgado. ¡Apenas tuve satisfacción al hacerme unas tarjetas que decían, sobre cartulina tersa y en letras muy historiadas: *Tomás Puertas. Juez de 1.ª Instancia!*

Mis padres vivían en Retamar, mísero pueblecito perdido en medio de la llanura castellana. Allí tenían su ascendencia, y allí también había

nacido yo. Mi padre era labrador, ni más ni menos culto que todos los labradores de Castilla, con su honradez acrisolada, su laboriosidad incansable y su poquito de gramática parda. Hijo de padres humildes, labradores también, comenzó de niño por guiar el trillo y acabó por hacerse cargo de la propiedad, no muy abundante ciertamente, que le correspondió por herencia.

Mi madre era de abolengo más linajudo; como que pertenecía a los Peraltas del Rfo, familia hidalga que en toda la comarca era mirada con respeto. Verdad es que el linaje había venido muy a menos, y que todos aquellos capitanes, gentiles-hombres, obispos y demás personajes que figuraban en el árbol genealógico, estaban ahora sustituidos por un par de modestos varones apegados al terruño y por otro que, sin duda llevado del aventurero espíritu de raza, se hallaba en tierra americana, buscando no se sabe qué soñados tesoros; pero aún quedaban restos de la pingüe y secular

hacienda, y aún se tenía en pie, por un milagro de equilibrio, el viejo caserón solariego.

Por esto, según yo había oído contar muchas veces de niño en las conversaciones familiares, mis abuelos maternos se opusieron tenazmente a que su hija se uniera en matrimonio a un hombre de más baja condición, y, sobre todo, de más exhausta gaveta. La lucha que hubieron de sostener los dos enamorados para salvar obstáculo tan grave, fué realmente titánica; y acaso hubieran sido vencidos en la contienda, si no acudiera en su ayuda un auxiliar eficacísimo, la muerte, que con diferencia de muy pocos días se llevó a los dos intransigentes padres. Entonces pudieron realizar sus propósitos de boda.

Y a fe que ninguno de los dos tuvo que arrepentirse. Fué el de mis padres un matrimonio feliz, que vió transcurrir sus horas apaciblemente en su modesto rincón, quizás un poco monótonas, pero sin disgustos ni altercados. Dividido el caudal de los

Peraltas del Río entre varios individuos, a mi madre sólo llegó una pequeña parte, de modo que, aún incorporada a lo que mi padre poseía, apenas el total hubiera sido suficiente para el sostenimiento de una familia. A bien que no tuvieron más hijo que yo, y como mi madre era muy mujer de su casa, supo darse maña para que viviéramos con relativo desahogo. Mi padre, por su parte, no se desdeñaba de ir tras un par de mulas con el arado, ni de echar mano al bieldo y limpiar bonitamente de polvo y paja unas cuantas fanegas de trigo, ni de meterse con la podadera en un majuelo y estar dale que le das tres o cuatro horas.

Yo, que como digo, era hijo solo, recibí todos los mimos que unos labradores podían dar. Fui de chico bastante revoltoso, y gustaba de ir con otros muchachos en busca de zarzamoras, de coger nidos trepando por los árboles, de llegar al próximo río, en tiempo de verano, y darme un baño sin pizca de aprensión. Desde

bien temprano asistí a la escuela, y parece que di pruebas de disposiciones no comunes. A lo menos el maestro, que era un varón excelente, decía muchas veces a mis padres:

—Tomasito es una notabilidad. No saben ustedes lo que tienen en casa. Que estudie, que estudie, y llegará a ser algo bueno.

Influídos sin duda por estas indicaciones del maestro, cierto día, cuando tenía yo diez años, me dijo mi padre con una solemnidad que nunca olvidaré:

—Vamos a ver, Tomás: ¿tú quieres seguir una carrera?

Yo, que aún no me había dado cabal cuenta de lo que esto significaba, y que, además, tenía deseo natural de aprender, contesté sin vacilaciones afirmativamente. En consecuencia, pasé a la capital para cursar el bachillerato, y terminado éste con notas inmejorables—si bien he de confesar con franqueza que allí aprendí de pura memoria muchas cosas que me parecían ininteligibles,—me matriculé en la

facultad de Derecho, según antes he indicado.

Si dijera que mis padres no hubieron de imponerse sacrificios para costear mis estudios, mentiría. Los rendimientos de la labranza daban de sí muy poco, y no se me ocultaba que los buenísimos autores de mis días, para atender a mis gastos, limitaban los suyos considerablemente. Por eso al terminar mi carrera, no queriendo serles gravoso por más tiempo, decidí buscar un medio de vida, con el halagüeño resultado que dije al comenzar estas líneas.

II

La capital de mi distrito judicial era un villorrio de sus tres mil habitantes, situado también en comarca castellana, aunque en provincia distinta de la mía. Cuando yo tomé posesión de mi Juzgado, llegábase a Valdagua—así se llamaba la villa—por una carretera en regular estado; pero entonces tocaban a su terminación los trabajos del ferro-

carril que había de unir la capital de la provincia con la línea de Saldaña a Piedrahita, y esto tenía a los valdaguenses más contentos que unas castañuelas. En mi primer viaje pude ver con cuánta actividad se llevaban las obras. Centenares de obreros levantaban terraplenes de balasto, desmontaban cerros y tendían rieles. Ya se erguía, muy blanco y presumido, con sus muros revestidos de argamasa, el edificio de la estación, ostentando el letrero que decía: **Valdagua.**

Era este pueblo, y lo es todavía, porque en su solar continúa sombrío y tristón, no digo ya malo, sino detestable. Las casas, de adobe en su mayoría, se agrupaban parduscas y desmoronadas, con sus mezquinas ventanas que apenas dejaban paso al sol. Más que edificios habitables, diríanse los restos de una trinchera desmantelada por los fuegos enemigos. De trecho en trecho descollaba algún caserón de piedra, con su amplio portal, sus balcones de rústicos hierros y su corral cercado. Todas

las calles parecían cortadas por un patrón: allá se iban en los baches, pedruscos y altibajos.

Había una, sin embargo, que los valdagüenses llamaban pomposamente *Calle Mayor*. Sólo se diferenciaba de las otras en ser algo más ancha y tener, a modo de aceras, cuatro adoquines mal unidos; y desembocaba en la plaza principal. En ésta, rodeada de soportales, hallábase la Casa Ayuntamiento, con su reloj siempre parado, y el centro más importante del comercio valdagüense: dos tiendas de telas, otras dos en que se vendían, en heterógenea confusión, clavos, alpargatas y azucarillos, una carnicería de mostrador mugriento, y una zapatería que se anunciaba por un par de botas colgado en el dintel de la puerta. Item más: la *Farmacia del Licenciado Antúñez*, con su bola de color en el escaparate.

Tenía el pueblo tres iglesias. De ellas, una estaba medio arruinada, mientras que otra, la de Santa María, constituía con justicia el orgullo de

los valdagüenses, por su innegable valor artístico. Era el templo—y conste que esta erudición no es mía, sino tomada de una detallada descripción que por entonces publicó cierta revista, con sus grabados correspondientes,—de estilo románico, si bien en su tercer período. El exterior, visto a cierta distancia, no tenía nada de particular, como no sea el ábside semicircular, con sus arquitos y canecillos; pero aproximándose a la fachada empezaba a conocer el más profano todo el mérito de aquella fábrica. La portada se iba estrechando en las arquivoltas de columnitas esbeltas, con sus labrados capiteles; en el tímpano campeaba, esculpida en relieve y no poco maltratada por la mano del tiempo, la imagen de Santa María; en lo alto rasgaba el muro una ventana a modo de ajimez. Entrando en la iglesia, se descubrían las tres naves con su crucero de intradós plano, y apoyándose sobre robustas pilas. Las columnas a éstas adosadas, remataban en un ábaco adornado con pétreas hojas de

plantas imaginarias, y por la cornisa serpeaba la historiada moldura. Lástima que la vista tropezara de pronto con el altar mayor, restaurado a gusto de algún clérigo del siglo XVIII, y con dos o tres afeminadas efigies de la moderna iconografía francesa.

Alguna otra cosa tenía buena Valdagua, y era la campiña de sus alrededores. Saliendo por la carretera en dirección al inmediato pueblo de Merines, se encontraba la deliciosa vega por donde el Surión discurre manso y sosegado. A los dos lados del río, y en una extensión considerable, lozanas plantaciones de arbolado saturaban la atmósfera de frescura. Regando sus desnudas raíces, tres o cuatro arroyuelos, bordeados de juncos, corrían alegres y juguetones, sin percatarse de que bien pronto habían de caer en las fauces del río.

Tal era el pueblo que me había cabido en suerte. Confieso que, no obstante la penosa impresión que al pronto causaba, a mí me pareció agradable y simpático, para lo cual

influyó sin duda la consideración de que allí era donde comenzaba a disfrutar la recompensa de mi trabajo. Bien pronto hice buenas amistades, y entre ellas y mis tareas judiciales pasaba las horas sin dejar un resquicio por donde pudiera penetrar el aburrimiento.

¿Cómo negar que, al comenzar mis sagradas funciones, me vi más de una vez en grave aprieto? ¿Cómo ocultar que día y noche estaba pendiente de mis asuntos, y el Código civil era mi obsesión, y la Ley de Enjuiciamiento mi pesadilla? ¿Cómo no decir que meditaba largamente, antes de firmar una providencia o un auto, ya en las *excepciones dilatorias*, ya en el *recibimiento a prueba*, ya, finalmente, en la multitud de triquiñuelas jurídicas que, al menor descuido, podían poner en un compromiso al más pintado? ¿Cómo no confesar que para extender una sentencia pasaba largo rato pensando en aquella coletilla de que «las sentencias deben ser claras, precisas y congruentes»?

Por fortuna, yo no era tonto, ya lo he dicho varias veces y no quiero que la insistencia se atribuya a vanidad, y bien pronto me porté con cierta desenvoltura. Dicen que la experiencia hace ciencia, y esto me pasó a mí. A los pocos meses de estar en mi despacho, ya era capaz de sustanciar a ojos cerrados un juicio de mayor cuantía, o de instruir un sumario sin el más insignificante tropiezo.

No obstante mi cargo, tuve pocas relaciones con los abogados y gente de curia: las puramente oficiales. Había un letrado fatuo y presuntuoso, que hablaba siempre *ex cathedra*; otro que era más hábil en manejos políticos que en achaques de derecho, y otro que, por ser el más modesto y el menos intrigante, andaba muy exhausto de pleitos; había un par de procuradores más temibles que un toro de Miura, capaces de urdir un enredo en menos que canta un gallo; había un escribano, digno heredero de los que zahiriera Quevedo; había, en fin, otros ayudantes de la justicia,

que, cuando más, la ayudaban a caer. No es que yo tuviera a menos el tratarme con ellos; pero las circunstancias vinieron a proporcionarme otros amigos.

Fueron éstos el médico titular de Valdagua, Aniceto Martínez; el acomodado propietario don Ruperto Guillén; y el *Licenciado Antúnez*, es decir, el propio farmacéutico que tenía su botica en la plaza, con una bola de color en el escaparate. El lector me permitirá que, en muy pocas palabras, haga la presentación de mis tres amigos.

Aniceto Martínez, el médico. Hombre de sus treinta y cuatro años, buena figura, aunque algo agañanada por la vida de pueblo. Cuando él terminaba sus estudios de Medicina, comenzaba yo los míos de Derecho en calidad de *pipiolo*, por lo cual algunas veces nos habíamos cruzado en las calles de la ciudad universitaria, y aun nos recordábamos vagamente. Era soltero, y sin ánimos de casarse. Sin alcanzar un nivel desmesurado

en la ciencia de Galeno, no era tampoco ningún matasanos; sabía dónde le apretaba el zapato, y nunca se le ocurrió, como a más de cuatro médicos de pueblo, cerrar con siete llaves el depósito de sus conocimientos y dedicarse a cazar, olvidado de sus enfermos. Leía bastante, y estaba suscrito a un par de revistas profesionales.

Don Ruperto Guillén, el propietario. Buen señor, sin más ideales que levantarse temprano, dar su paseo por la vega o hacia las obras del ferrocarril, charlar un buen rato en la botica, saborear una comida no muy selecta, pero sí muy abundante y reposada, dormir la siesta, reanudar el paseo y la tertulia, y, últimamente, despachada la cena, entregarse al descanso libre de toda preocupación.

Era también solterón, y le cuidaba y atendía una hermana suya no poco gruñona, pero que con sus sermones no conseguía alterar la calma del impasible señor. Poseía éste muchas y

muy productivas tierras de labor, pero no las cultivaba por su cuenta; teníalas dadas en renta, cobrando en este concepto saneadas cantidades. Edad, cuarenta y dos años.

Juan Antúnez, el farmacéutico. Tipo muy diferente al que cuentistas y autores cómicos asignan a los *boticarios de pueblo*. Joven, como el médico; pero casado, y con dos niñas muy lindas. Decidor y afable, cuerpo de roble, alma de oro. Estudiante en la Central, supo traspasar la corteza de la corte y saturarse del ambiente madrileño, lo cual le había comunicado cierta desenvoltura que le sentaba muy bien.

Era risueñamente escéptico; dudaba de todo, pero sin exaltaciones ni parasismos. Convencido de que él no podía arreglar las cosas terrenas, saltaba desde Pirrón a Zenón o a Epicuro, conformándose con vivir tranquilo en su modesta medianía. Aunque los versos parecían incompatibles, o a lo menos poco afines, con su profesión, Antúnez era poeta;

y aún acude a mi memoria el comienzo de un poema campoamorino que nos leyó en cierta ocasión:

Por arrojar al fondo del olvido
una pasión maldita,
Rosendo, de sus culpas convertido,
cidió el sayal grosero de eremita...

Tales eran mis amigos de Valdagua. Mis relaciones con ellos fueron sinceras y cordiales. Aunque el temperamento y las aficiones de cada uno eran muy diferentes, llegamos a congeniar de modo íntimo. Parecíamos una máquina que para funcionar necesitaba de sus cuatro ruedas; y, convencidos de ello, siempre que nuestras respectivas obligaciones no nos lo impedían, andábamos juntos. Juntos paseábamos por las cercanías del pueblo; juntos conversábamos en la rebotica o jugábamos un tresillo; juntos compartíamos los pesares y las alegrías... Y a buen seguro que si los valdagüenses entendieran alguna cosa de letras clásicas, hubieran visto en nosotros un nuevo ejemplar,

duplicado, de Cástor y Polux, Pílates y Orestes, Teseo y Piríftoo.

III

Llevaba yo sólo tres meses en Valdagua, y hallábame cierta mañana en el humilde despacho de mi Juzgado, cuando llegó Antúnez, el boticario, con alguna precipitación. Como era desacostumbrado que ninguno de mis amigos me buscara en tal lugar, supuse que algo grave motivaba semejante visita.

—No, no tema usted nada—dijo Antúnez, adivinando mis pensamientos.—No ocurre novedad alguna que pueda preocuparle. Se trata de otra cosa. Acabo de saber que va a cometerse una injusticia enorme, una exacción criminal, y queriendo ponerle a usted en guardia, no he tenido paciencia para esperar a la tarde.

Yo conocía el carácter de mi amigo y sabía que, no obstante la sistemática displicencia que pretendía demostrar, solía apasionarse por las causas

más fútiles. Era, ante todo, un altruísta. Todos sus escepticismos, todas sus incredulidades, desaparecían en cuanto se trataba de favorecer a una persona que él creía digna de ello. Tanto exageraba la nota, que tenía un poco de Quijote, deseoso siempre de enderezar tuerfos y desfacer agravios.

—¿Qué es ello, hombre?—le dije ya tranquilo—¿En qué asunto quiere usted officiar de redentor?

Antúñez tomó una de las cuatro sillas de paja que había en el local, se acomodó en ella y dijo:

—Usted ya conoce a esa buena pieza de *el Indiano*, ¿verdad?

—Hombre, no. Como, según dicen, apenas sale de casa, aún no he tenido ocasión de verle; pero ya tengo noticia de su vida y milagros.

—Pues bien—siguió Antúñez:—ahora pretende cometer la más gorda, la más villana de sus hazañas, y es necesario que usted lo evite.

—Calma, calma—le dije al ver que se trataba de alguna cosa como la que

yo había supuesto.—¿Qué va a hacer el *Indiano*? ¿Tiene que intervenir en ello el juez?

—Tiene que intervenir, por desgracia. Ese pájaro siempre anda litigando, y lo raro es que hasta ahora no le haya dado a usted que hacer.

—Usted dirá, amigo Antúñez.

—El caso — continuó éste — es el siguiente: Como usted ya sabe, el *Indiano* es un usurero sin conciencia, que ha dejado en la miseria a muchos labradores y a muchos que no lo son, sin que hasta la fecha haya habido ninguno que pusiera fin a sus proezas incrustándole una bala en el cráneo.

—Todo eso ya lo sé.

—Bueno; pues el último caso es atroz, es inaudito. Hay en Valdagua un labrador, el señor Remigio Sierra, a quien creo que usted ya conoce — hice signos afirmativos — que tiene un mediano pasar. Al señor Remigio le sucedió lo que que a tantos otros: la pésima cosecha de hace dos años, no compensada por la del pasado, le hizo atrasarse poco a poco en sus obliga-

ciones, y cayó en las garras del gavilán. Pidió una pequeña cantidad al *Indiano*, y éste le sujetó tan cruelmente, como a todas sus víctimas, que ya no le fué posible escapar.

—Sí, la eterna historia—repuse.

—Pero es que aquí—prosiguió mi amigo—el expoliado es un hombre honradísimo; es que perderá totalmente su escasa hacienda; es que su hija, una muchacha tan hermosa como honrada, tendrá que echarse a pedir; y es, últimamente, que no puede consentirse que ese ladrón robe a mansalva.

—¡Ay, amigo Antúnez!—exclamé—Ese hombre sabrá atar bien los cabos. Ese préstamo estará encubierto con un pacto de retroventa o cosa por el estilo. ¿Qué puedo yo hacer?

—Yo no lo sé; pero es necesario hacer algo. No puede quedar sin castigo semejante bribonada.

—Y ese asunto—pregunté—¿cuándo llega al Juzgado? Todavía no he recibido nada que con él se relacione.

—No tardará en venir. El plazo

para el pago ha vencido, y según sé por el propio señor Remigio, pronto acudirá el *Indiano* a usted.

—Pues creo inútil decirle, amigo Antúnez, que haré cuanto la justicia me consienta por ese pobre labrador. Ya conoce usted mis sentimientos, y sabe que soy también de los que apoyan al desvalido.

Realmente, yo tenía la sospecha de que nada podría hacer en obsequio del incauto deudor. Los hombres de la calaña del *Indiano* saben hacer las cosas, y no dejan *su* caudal a merced de una eventualidad cualquiera. ¡Están frecuente, por desgracia, ver que un desgraciado queda en la calle por las artimañas de algún Sylock, mientras la justicia y la opinión pública, impotentes para evitar el despojo, tienen que cruzarse de brazos!

Aquel día por la tarde, salimos de paseo Antúnez, don Ruperto y yo —el médico estaba muy atareado con sus enfermos,—y hablamos del asunto. La tarde—lo recuerdo por una circunstancia para mí inolvidable—

era deliciosa. Terminaba el mes de Mayo, y los árboles de la vega estaban ya vestidos con su mejor aderezo; el Surión, deslizándose tranquilo por su cauce, entonaba la eterna e invariable canturía del agua; como en paleta inmensa que una mano divina pintarrajease, se extendían los campos de mieses, dispuestos ya a cambiar el ropaje verde por el amarillo, y los esmeraldinos viñedos; a lo lejos resonaban los martillazos que daban sobre el hierro los obreros de la vía, empalmando y tendiendo los rieles.

—Ese *Indiano*—dijo don Ruperto cuando Antúnez le hubo contado la última fechoría del usurero—es un hombre sin corazón. No es de este pueblo, pero vino aquí hace más de treinta y cinco años; se le llama el *Indiano*, no porque haya estado en América, sino porque, según parece, estuvo su padre, de quien ha heredado el apodo. Al llegar a Valdagua puso una tiendecilla de comestibles en el rincón de la Fuente, donde sabe

usted que ahora está Niceto el carpintero; empezó con suerte, robando en el peso y maleando el género, y muy pronto triplicó el capital. Por entonces había emprendido ya, en pequeño, el préstamo al ciento por ciento, y viéndose en situación de ampliar sus operaciones, cerró la tienda y se dedicó de lleno al negocio de la usura. Las bribonadas que desde entonces ha hecho, son incontables.

—¿Y tiene tanto dinero como dicen?—pregunté yo.

—¿Pues no ha de tener, hombre de Dios?—contestó don Ruperto.—¿No ve usted que entre sus garras ha caído lo de muchos infelices?

—El *Indiano*—añadió Antúnez—no se dejaría ahorcar por veinte mil duros.

—Y esa fortuna—repuse—¿a quién irá a parar?

—¿Quién lo sabe? El *Indiano* no tiene parientes, ni próximos ni lejanos, y como guarda todo su capital en dinero, porque cuantas fincas caen en su poder las vende en seguida, no

es fácil adivinar el destino de esos cuartos.

Caminábamos los tres amigos en dirección a las obras de la vía, y ya distinguíamos perfectamente a los trabajadores, que colocaban traviesas de trecho en trecho. A la izquierda se veía el edificio de la estación, y aun la caseta del futuro guardagujas se divisaba ya en su sitio, con su caperuza de madera. Tan adelantada estaba la construcción de la línea, que faltaban muy pocos meses para su inauguración.

—La lástima es —dijo don Ruperto— que en esta ocasión la víctima del *Indiano* sea el señor Remigio Sierra. Es un hombre honradísimo.

—¿Verdad que sí?—exclamó Antúnez con vehemencia.—¿Verdad que no se puede consentir semejante crimen?

—Así es, en efecto. El señor Remigio es una persona querida en todo el pueblo, incapaz de hacer daño a un mosquito, trabajador como nadie, y, en suma, sin ninguna facha. Pues ¿y

Soledad, su hija? ¿Usted no la conoce, Tomás?

—No—repuse yo.—No es la primera vez que oigo hablar de ella con elogio, pero aún no la he visto. Creo que es poco amiga de callejear, y que rara vez sale con las demás muchachas del pueblo.

—Cierto—repuso don Ruperto.—Tan mujer de su casa es, que siempre está atareada con las faenas domésticas, y no se acuerda de fiestas ni diversiones, cosa rara a su edad. Y es toda una señorita.

Antúnez, haciendo gestos de asentimiento, añadió:

—Yo, sin embargo, creo —y cuidado que soy un sincero admirador suyo— que Soledad es un poco rara. Tal vez esto influya más que nada para ese retraimiento que en ella se observa.

—Pero no me negará usted—repuso don Ruperto—que es guapa hasta dejarlo de sobra.

—¡Ah, eso no! Ninguna en Valdagüa puede compararse con ella. Es un dechado de perfecciones.

—Pero, hombre dije—¿y siendo como ustedes afirman, un prodigio, no quiere dejarse ver? Ya tengo deseos de conocerla.

—Pues la conocerá usted; y estoy seguro de que convendrá con nosotros en que, físicamente considerada, no tiene pero.

Nuestro paseo fué aquel día largo. Seguimos vía arriba en un trayecto de tres kilómetros, y al llegar a uno de los pasos a nivel, que tenía su casilla de guardabarrera con la indicación del kilómetro 62, volvimos a la izquierda con dirección al pueblo, donde entramos antes de anochecido, atravesando el barrio de jornaleros, sucio y miserable. A la Plaza abocábamos ya, cuando Antúnez, parándose en firme, exclamó:

—¡Hombre, qué casualidad! Fíjese usted en aquella muchacha que viene allí sola. Es Soledad, la hija del señor Remigio.

La aludida se cruzó con nosotros y pude contemplarla a mi sabor. Mis amigos tenían razón. Soledad Sierra era guapa, muy guapa.

IV

Como suponíamos, el *Indiano* acudió al Juzgado contra su nueva víctima. Entonces tuve ocasión de conocer al famoso usurero, y me pareció un argumento viviente a favor de la teoría que en el siglo XVI formulara el italiano Laporta, y han corroborado los antropólogos modernos, según la cual la fisonomía del individuo está en relación con sus cualidades morales. El rostro del *Indiano* no era de hombre; era de gavilucho. Sustituyérase su nariz, sin variar de forma, por el pico, y la ilusión sería completa. Sus ojos, que parecían amortiguados como los de las aves nictálopes, cobraban de súbito un fulgor extraño, agrandándose y redondeándose. Supe por el escrito de demanda que el *Indiano*, Marcelo González, por su nombre de pila, tenía sesenta y cinco años; por su apariencia hubiera sido imposible deducir la edad. Vestía as-

trosamente. Hablaba con lentitud, estudiando las palabras y dando a su voz raras inflexiones. Era, en suma, el tipo que todos, y no sin algún motivo, nos forjamos para el usurero. Si yo, u otra persona que no le conociese, hubiera tropezado con él en la calle, hubiera dicho sin titubear: ¡Ese es el *Indiano!*

¡Qué diferencia entre él y su víctima, Remigio Sierra! Era éste un labrador bonachón, que dejaba ver con diáfana transparencia la sencillez de su alma. Ni la menor protesta, ni una sola palabra de queja alzó contra el odioso prestamista, que desde aquel momento pasaba a ser su verdugo.

Y el asunto estaba como yo me temía. El *Indiano* había dispuesto bien todos los detalles; ningún resquicio quedaba por donde el otro pobre pudiera escapar. Sierra tendría que pagarle en seguida, y como carecía de dinero para ello, vendría el embargo, y, en consecuencia, la ruina. Indignación causaba ver a aquel mal-

vado saboreando ya su rapiña, sin poder cogerle y arrojarle por el balcón. ¡Y que fuera yo, yo mismo, quien hubiera de sancionar aquella felonía! ¡Que no hubiera un medio para romper las ataduras de la ley y oponer a las restricciones del texto escrito los sagrados fueros de la verdad y de la justicia!

Cuando comuniqué estas impresiones a mi amigo Antúnez, tuvo un verdadero disgusto. Me rogó reiteradamente que viese la manera de dar otro giro al asunto, de aplazar, por lo menos, su solución. Le hice ver que la ley no me lo permitía; no había remedio posible.

¿Quién había de creer, al juzgarlo así, que me equivocaba de medio a medio? ¿Quién había de suponer que aún había solución, y muy rápida por cierto? Dentro del poder humano ningún recurso quedaba: pero otro poder más alto, para el que todo es factible, intervino decisivamente. Cierta mañana, cuando estaba yo todavía en el lecho, vinieron a avi-

sarme precipitadamente de un suceso estupendo. El *Indiano* había sido encontrado muerto en su habitación. ¿Sería posible? En seguida acudió a mi mente la sospecha de una muerte violenta. Quizá alguno de sus deudores... Me vestí a toda prisa y me personé en la vivienda del *Indiano*.

¡Miserable y triste vivienda! Sólo tenía dos habitaciones, una salita y la cocina, esta última con ventana a un diminuto corral. En la sala, por todo mueblaje, había una mesa pequeña, dos sillas de paja, destripadas, una alacena y la cama donde dormía el prestamista. Al pie de la cama, medio desnudo, estaba el cadáver del *Indiano*, en decúbito supino, con los brazos en cruz.

Profunda impresión me produjo la vista del cadáver. El prestamista estaba horroroso; en sus facciones se habían acentuado los rasgos del gavilucho. La nariz había adelgazado y alargado, las mejillas estaban hundidas, la boca, contraída, habíase

reducido a su más mínima expresión. El color de todo el rostro era, más que lívido, negruzco.

Pronto pudo comprobarse que la muerte había sido natural, y debía de haberle sorprendido en el momento de acostarse. Cuando por la mañana llegó, como de costumbre, la mujer que le asistía, se encontró con aquel desagradable cuadro.

Tomé las medidas que la ley me ordenaba. Procedióse a averiguar si el *Indiano* tenía hecho testamento, y el resultado fué afirmativo. En la alacena encontramos un testamento ológrafo, bajo cubierta; en vista de lo cual procedí a su apertura, con las necesarias formalidades.

¡Oh sorpresa increíble! En una cláusula del documento, la más importante, se leía de puño y letra de Marcelo González: «Dejo los veinte mil duros que están enterrados en el corral, en el rincón frontero a la puerta, a los establecimientos benéficos y de enseñanza de esta provincia, y perdono todas las cantidades que

se me deban en el momento de morir, así como sus intereses».

¿Sería posible? ¿Daríamos crédito a la evidencia? ¿Qué dedo milagroso había tocado en el corazón de aquel hombre para dictarle estas palabras? ¿Qué raro fenómeno psicológico se había operado en él para obligarle a semejante determinación? Tal vez el *Indiano* practicó la usura durante su vida, encontrando en ello un placer incomparable, lo mismo que el borracho apura con fruición copa tras copa o el tahur espera ansiosamente el azar de los naipes; tal vez pensó que, después de la muerte, esa ilusión, ese deleite, acababan para siempre... Y entonces decidió, a imitación de don Juan de Robres, dedicar su fortuna a buenas obras, y poner en libertad a cuantos infelices gemían amarrados a la cárcel de sus pagarés.

A todos en el pueblo admiró el rasgo del *Indiano*, pero también a todos, creo inútil decirlo, causó alegría su muerte. A muchos se les quitó un peso enorme de encima, y entre ellos, como

es consiguiente, al señor Remigio. Yo, después de desenterrar la olla llena de billetes de banco, comencé a poner en ejecución la última voluntad de Marcelo González.

* * *

Comenzaba el frío. Los árboles de la vega, tan emperregilados unos meses antes, iban quedando desnudos. Sus hojas caían poco a poco, como girones en la ropa de un mendigo haraposo. Los campos, después de recibir en sus entrañas la germinadora semilla, permanecían silenciosos en la austera sequedad de sus ferrones; de trecho en trecho reforcían sus sarmientos las esqueléticas vides. El cierzo, disminuyendo en violencia, arreciaba en la intensidad de su sople helador, que penetraba hasta los huesos. Alguna vez los copos de nieve bailaron en el espacio su danza blanca; alguna vez los arroyuelos afluentes al Surión trocaron sus aguas en cristal. El Rey Invierno llegaba implacable, sacudiendo los rizos blancos de su melena.

Mis amigos y yo hubimos de renunciar a nuestros paseos. En cambio, comenzamos a reunirnos en la rebotica, donde pasábamos el rato jugando al tresillo. Yo, al llegar a Valdagua, no tenía la menor noción de este juego, pero tras un breve aprendizaje me aficioné a él grandemente, y llegué a ser un maestro consumado.

Fuera de este honesto esparcimiento, Valdagua se me hizo entonces aburrido hasta el exceso. Teníamos nuestro casino, instalado con la mayor modestia en un caserón viejo; pero ¿a qué ir allí? ¡Como no fuera a oír las tonterías de cuatro señores que hablaban *de omni re scibili et quibusdam aliis*—sobre todo de política,—o a jugar una partida de billar en una enorme mesa de troneras!

Habíame hecho grande amigo del señor Remigio Sierra, y más de una vez conversábamos en los soportales de la plaza o a la salida de misa. Me había ofrecido su casa y rogado con

insistencia que le visitara en ella, y por fin me decidí a hacerlo. Y aquí, antes de que al lector le asalte cierta sospecha, quiero adelantarme yo: verdad es que me llevaba a casa de mi amigo el deseo de complacerle y de echar una parrafada con él; pero también me conducía la curiosidad de ver y de hablar a su hija.

Cuando llegué al domicilio del señor Remigio, salió a recibirme una mujer de sus cincuenta años, delgadita, vivaracha. Me conocía ya, porque apenas me vió aproximarme a la puerta—que, como casi todas las del pueblo, estaba abierta,—me dijo afablemente:

—Pase usted, señor juez. Remigio no está, pero no importa; estamos Soledad y yo.

Pretendí excusarme, diciendo que volvería más tarde; pero la buena mujer, que hablaba rápida y copiosamente, insistió con tanto afán en que entrara, asegurando que el dueño de la casa volvería en seguida, que no pude menos de acceder.

Me pasó a la confortable habitación del piso bajo que en los pueblos de Castilla se llama *gloria*. Era una estancia modesta, pero respirando limpieza por todas partes. En el centro había una camilla con sus vestiduras coloradas y su hule oscuro con los retratos de los reyes de España; en la pared frontera, un sofá, y sobre él un reloj de péndola repitiendo su isócrono tic-tac. De las otras paredes pendían varios cuadros que representaban, en heterogénea mezcla, la Virgen de las Angustias, San Roque, la batalla de Waterloo y la historia de Orlando. Sillas, hasta su media docena.

La mujer que me guiaba, deshaciéndose en cumplidos, dijo:

—Pase, pase usted al sofá y haga el favor de esperar un momento. Voy a decir a Soledad que está usted aquí. Como ella es tan trabajadora, ¿sabe usted?, está fraginando en la casa. Ahora está en el corral, con las gallinas, que las tiene muy hermosas y muy ponedoras, ¿sabe usted? No

descansa un momento... Conque siéntese, que en seguidita vuelvo.

Salió, y al poco rato, efectivamente, volvió a entrar en compañía de Soledad. Esta llegaba sacudiéndose el delantal, donde sin duda había tenido el pienso para las aves; vestía de obscuro, muy sencilla, pero muy limpia.

—Usted me dispense—dijo después de saludarme con alguna cortedad.— Vengo de trapillo. Estaba en mis quehaceres, y no he querido hacerle esperar.

Yo me disculpé de haber sido inoportuno con mi visita. Aseguró cortesmente que no había tal, y se sentó cerca de mí. Su acompañante hizo otro tanto.

¿Cómo decir la impresión que esta vez me produjo la hija de Remigio Sierra, al mirarla frente a frente? ¿Cómo dar idea de su admirable belleza? Yo me declaro inhábil para ello. Quisiera sólo presentaros su retrato y deciros: ¡Ahí la tenéis!

Empezaba aquel hermoso busto por

una cabeza de pelo negrísimo, peinado en forma que, sin llegar al estilo señorial, era algo más que la sencillez campesina. Seguía una frente más grande que chica, surcada de dos o tres arrugas profundas, que constituían acaso el único defecto de todo el rostro; frente, en fin, reveladora de poderosa energía intelectual. Los ojos... No es posible decir cómo eran aquellos ojos, ni dar idea de su expresión. Ni el poeta más inspirado podría reflejarla en sus versos, ni el más diestro pintor trasladarla al lienzo. Yo, lisa y prosaicamente, diré al lector que eran negros, muy negros; que cuando miraban se clavaban hasta el alma; que luego, como arrepentidos, se inclinaban al suelo medio entornados; y que, para que resaltara más su sobrehumana belleza, se arqueaba sobre ellos el doselete de unas cejas primorosas, y los cercaba el bordado de unas pestañas negras y largas.

La nariz parecía modelada por cincel impecable; tal era su corrección. Los

labios se plegaban a menudo en una sonrisa algo fría, pero de una intensidad como no vi jamás en boca alguna. Agregue el lector a todo esto una barbilla suavemente redondeada, unas orejas diminutas, un color fresco y sonrosado, resaltando sobre la tez morena, y tendrá una idea, aunque muy imperfecta, de lo que era aquella cara divina.

Si vamos al garbo de su cuerpo, será preciso continuar la serie de elogios. Nada de gestos exagerados, nada de actitudes estudiadas; su gracia era natural, simplicísima, como lo es la de la florecilla de los campos. En una ignorada aldeana de Castilla, se condensaba toda la sal del tipo femenino español.

¿Cómo es—preguntarán los lectores—que nuestro narrador no señala defectos en la persona de Soledad Sierra? ¿Es que, pintando como quiere, ha puesto en el retrato los más bellos colores de su paleta? ¿Acaso, viendo que todo escritor presenta a la heroína de su obra

como un dechado de perfecciones, no ha querido ser menos? ¿Es, sino, que la pasión le ciega, y habrá que rebajar de sus alabanzas la mitad de la mitad?

No diré que de esto último no haya un poco; pero en Dios y en mi ánimo juro que lo que de Soledad digo, es lo que a mí me parecía, ni más, ni menos. Y para que se vea mi sinceridad absoluta, añadiré que desde el primer momento observé en la hermosa valdagüense un peculiar rasgo de carácter, sin decidirme a incluirle en la lista de excelencias ni en la de defectos. Era cierta languidez y abandono, mejor aún, cierta veguedad misteriosa que no podía ocultarse bajo una conversación animada.

—Mi padre—dijo Soledad, clavando en mí sus ojos heridores,—vendrá en seguida. Ha ido a casa del herrero para aguzar una reja.

—Creí encontrarle en casa—repu-se, no sin cierta dificultad para hilvanar la conversación con dos personas desconocidas.—Hace ya mucho

tiempo que había prometido venir a verle...

—Sí—interrumpió la locuaz acompañante de Soledad.—Remigio le quiere a usted mucho. Dice que es usted muy bueno y que en lo de hacer justicia nadie le pone el pie delante.

—Es una casualidad—añadió Soledad—que no le haya encontrado usted en casa. Sale muy poco. Como ahora no hay casi nada que hacer en el campo...

—¡Hubiera vuelto más tarde; pero se empeñó en que entrara esta señora tan amable...

—Engracia López, para servir a Dios y a usted—repuso la aludida.—Yo soy prima carnal de Remigio, ¿sabe usted?, y quiero a Soledad como si fuera mi hija. Como la pobre no tiene madre...

—¿De modo que vive usted con Remigio y Soledad?

—¡Ah! No señor; vivo aquí cerquita. Yo soy viuda, ¿sabe usted? Murió mi marido hace cuatro años, unos meses antes que Jacoba, la madre de Soledad.

Tengo una casita y unas tierrecillas, y vivo sola; pero me paso casi todo el día con ésta, ayudándola en lo poco que puedo.

—Ella es ahora mi verdadera madre—dijo Soledad.—Mi padre y yo queremos que venga con nosotros, pero ella dice que no deja su casa hasta que se muera.

—No, hija, no. Allí he nacido, allí he vivido siempre, y allí quiero morir. ¿Qué más quieres, cuando me paso aquí todo el día?

Mientras yo miraba a Soledad, la buena Engracia, sin que nadie la preguntara sobre el particular, siguió hablando de este modo:

—Mi prima, la madre de Soledad, era un ángel de Dios, ¿sabe usted? Religiosa, caritativa, en fin, lo que se dice una mujer como hay pocas. Remigio vivió con ella muy feliz durante quince años. No tuvieron más hija que ésta, ¿sabe usted? Un día, al volver de la iglesia, dijo que tenía un dolorcillo, cosa de nada. Se acostó, y al día siguiente ¡pataplún! una

pulmonía que la llevó al otro mundo de prisa y corriendo. Poco tiempo antes, como le he dicho a usted, había muerto mi marido. Pero ¡ay! aquel no era tan bueno. Le gustaba un poco el vino ¿sabe usted? En fin, Dios le haya perdonado.

Soledad, que soportaba unas veces mis miradas y bajaba los ojos otras, quiso interrumpir la charla de Engracia, y me preguntó:

—¿Y está usted contento en Valdagua?

—No estoy descontento—repuse.— Los valdagüenses son muy cariñosos, me estiman, y creo que mientras no obtenga un ascenso, seguiré en este pueblo.

—Sin embargo, hay aquí tan pocas diversiones...

—Es verdad; pero ¿en qué pueblo las hay? Es preciso conformarse con vivir tranquilamente, y, cuando más, con pasar el rato en alguna reunión. Por cierto que usted no se deja ver en parte alguna. ¿Cómo así?

Soledad, con aquella sonrisa indefinible que vagaba en sus labios, contestó:

—¿Y para qué? ¿Qué voy a conseguir yendo de paseo con las amigas o asistiendo a alguna tertulia para murmurar un poco? ¡Me aburriría más!

—Diga usted—intervino Engracia—que ésta es así. Es muy huraña, muy frisona... No la gustan las fiestas, ni las diversiones. ¡Si me hubieras visto a mí cuando tenía veinte años! Era más alegre que unas Pascuas. Divierte, diviértete ahora que eres joven, que tiempo te quedará de pasar malos ratos cuando llegues a vieja.

Afirmaba Engracia que Soledad era huraña; otras personas del pueblo lo corroboraban, sus mismos actos parecían indicarlo, y sin embargo yo, en aquella primera impresión, atribuí a otra causa muy distinta el retraimiento de Soledad. En mi opinión, ésta se encontraba fuera de su centro; la delicadeza de su alma era demasiado exquisita para estar en contacto

con la de aquellas lugareñas, rústicas y vulgares. ¿Qué haría una mariposa a quien pusieran en una colmena de abejorros? Y sino, ¿cómo se explicaba que a mí, en vez de tristeza, me produjera íntima y profunda alegría la tenaz contemplación de Soledad?

Porque durante todo el tiempo que duró la visita, que no fué poco, yo no quité ojo de aquel rostro divino, sin que me distrajera la variada y amena charla de Engracia. Llegó luego el señor Remigio, y hablamos de cosas tan diferentes como la sementera, la crisis política que se estaba solventando y la próxima inauguración del ferrocarril; y sin embargo, yo estaba con mi mente en otra cosa, y mis miradas hacían frecuentes escapatorias al ángulo de la habitación donde se hallaba Soledad.

Al salir de casa del señor Remigio —¿por qué negarlo?— yo llevaba dentro de mí, ocupando todo mi ser, una imagen prodigiosa, envuelta en un nimbo que yo no sé de qué era.

Y como nunca he sabido ocultar

mis impresiones, aquella noche en la rebotica comuniqué a mis amigos el excelente juicio que, física y moralmente, me había merecido Soledad. Tal vez estuve muy expresivo, porque mis amigos sonrieron con alguna malicia y después expusieron su opinión.

—Soledad—dijo don Ruperto—es la muchacha más guapa de Valdagua. Si habla usted con las otras, es posible que no digan lo mismo, un poco por envidia y otro poco por el resentimiento que tienen de no relacionarse con ellas. En los motivos que a esto último la obliguen, yo no me meto. Acaso sea, como usted dice, porque lo refinado de su espíritu no se lo permita; acaso sea porque naturalmente es poco sociable, o por su miaja de orgullo, que sólo podría fundar en su hermosura, puesto que su posición, como usted sabe, es mediana. Pero esto, después de todo, ¿qué importa? Lo cierto es que Soledad, por su belleza y por su honradez, sólo merece elogios.

—Soledad—dijo el médico—me ha

dado a mí que pensar más de una vez. En calidad de médico he frecuentado su casa, y también me he aventurado en conjeturas sobre su carácter. No es que sea un ogro, como suponen las demás jóvenes de Valdagua, ni que huya de la gente, porque, como usted habrá visto, su trato es amable y cariñoso; pero hay en ella un no sé qué de difícil explicación. Tiene algo de esfinge. A amores no hay que atribuirlo, porque ni tiene novio ni le ha tenido nunca. Yo casi estoy de acuerdo con usted en que Soledad, trasladada a otro elemento, variaría quizá radicalmente. De todos modos, creo que esa muchacha se presta a un profundo estudio psicológico. Y conste que todo esto no merma las excelentes cualidades de Soledad, que es de lo poco que hay.

—Pues yo—añadió el boticario—creo que todas esas discusiones huelgan. ¿Saben ustedes lo único que aquí hay de cierto y positivo? ¡Que Tomás está enamorado de Soledad! Bien—pensé yo;—y si así fuese, ¿qué?

V

Se inauguró el ferrocarril, y aquel día fué señalado con piedra blanca en los anales valdagüenses. De los pueblos inmediatos llegaron multitud de personas, ávidas de presenciar tan trascendental acontecimiento.

Como Valdagua era el pueblo más importante de toda la línea, allí se dispuso la celebración del acto conmemorativo. La estación estaba muy adornada con enramadas, banderas y gallardetes. La muchedumbre circulaba impaciente por el andén, y en primer término nos encontrábamos las autoridades, con nuestra mejor indumentaria. El alcalde, señor obeso, labrador en grande, iba de un lado para otro, sudoroso y jadeante; seguíanle los concejales, entre los cuales había para todos los gustos, desde el señorito de pueblo, fatuo y holgazán, hasta el patán de gruesos borcegués y capa cumplida. El jefe y el factor de la estación, con flamantes

gorras de ramos dorados, daban órdenes para que no faltase ningún detalle.

Cuando, a las once de la mañana, entró en agujas el tren inaugural, se oyó un confuso clamor de entusiasmo. Resonaron vivas, las mujeres agitaron los pañuelos, y todos nos inclinamos para ver al monstruo. Este penetró en la estación lento, majestuoso, resoplando de orgullo por el recibimiento que le hacían, y golpeando sobre la vía con ruidoso tableteo. La locomotora venía muy compuesta, con un escudo de colores chillones en el frente y una banderola a cada lado.

En los coches que formaban el convoy, todos de primera clase, asomaban muchas cabezas y muchos brazos, y éstos se movían saludando con sombreros de copa, con hongos, con gorras galonadas. Al mismo tiempo salían por las ventanillas los ecos de la marcha real, ejecutada por una banda de música, la del Hospicio, según informes que teníamos.—Sur-

caron el espacio cohetes ruidosos... Hay que confesar que el momento fué solemne.

Paró el tren. Abriéronse todas las portezuelas y descendió gran número de señorones, con acompañamiento de otros más modestos. De los primeros descendió el diputado a Cortes por nuestro distrito, que, como conoedor de unos y otros, había de hacer las presentaciones. Entre las caras nuevas, vimos la del propio subsecretario de Fomento, que había hecho el viaje con tal objeto; la de no sé qué alto funcionario del mismo ministerio, que venía en calidad de secretario; la del subdirector de la compañía ferroviaria, francés coloradote que chapurreaba el español; y la de otros cuantos caballeros que no he de mencionar aquí por creerlo innecesario. Entre las caras conocidas, estaban la del Gobernador, la de nuestros diputados provinciales y la de varios adláteres del Gobierno civil, que todos habíamos visto mil veces en la capital.

¡Qué apuros los que pasaron

algunos concejales para saludar a todos aquellos personajes! ¡Qué orgullo el que experimentaron otros estrechando manos de tanta *suposición!* ¡Qué curiosidad la de la muchedumbre, que se apretujaba inconsideradamente por ver de cerca tantas levitas y chisteras!

La comitiva se puso en marcha, precedida de la banda del Hospicio, que tocaba a más y mejor, y seguida de unos cientos de personas. Llegamos al Ayuntamiento, y allí la esplendidez municipal empezó ofreciéndonos unas pastas y unas copas de jerez. Después, para hacer tiempo hasta la hora del banquete, fiesta magna en que se cifraba toda la solemnidad del acto, decidimos visitar la joya de Valdagua: la iglesia de Santa María.

Tengo para mí que aquellos señores, en su mayor parte, estaban poco fuertes en arqueología, y que el templo les produjo el mismo efecto que las coplas de Caláinos; pero todos se deshicieron en elogios, lugares comunes, por supuesto, y no faltó quien

se aventurase a hablar de estilos, con aires de suficiencia. El párroco nos enseñó las ropas y alhajas guardadas en la sacristía.

Entretanto llegó la hora del banquete. La mesa se había dispuesto en la propia casa de la villa, en el salón de sesiones. Nos sentamos a ella, con nuestros ilustres visitantes, las personas más granadas del pueblo, en total unos cuarenta comensales. No digamos que la comida estuvo servida con refinamientos de *gourmet*, que no llegaba a tanto la sabiduría culinaria de Peláez, fondista del pueblo que tomó a su cargo semejante cometido; pero sí que fué abundante y sabrosa.

¿Necesitaré decir que hubo brindis? Habló el Subsecretario, con frase melosa y afectada, brindando «por Valdagua, por la provincia a que pertenecía y por toda Castilla»; habló el alcalde, trabucándose a cada paso, aunque se conocía a tiro de ballesta que tenía preparado el discurso desde días antes; y habló, finalmente, una

serie interminable de caballeros. ¡Hasta mi amigo Antúnez, el boticario, se lanzó con un brindis en redondillas!

Cumpliendo el refrán castellano de que «comida hecha, compañía deshecha», apenas terminado el banquete, nuestros huéspedes tomaron el camino de la estación, y nosotros con ellos, para despedirlos. Todo estaba dispuesto para partir; así es que los señorones se acomodaron en los coches, pitó la locomotora, y arrancó el tren, con las mismas aclamaciones que a la llegada, idéntico saludo de pañuelos y sombreros, y parecido estruendo de cohetes y de música.

* * *

No tardé muchos días en volver a casa del señor Remigio Sierra. Si el lector, de acuerdo con mi amigo Antúnez, sospecha que el amor me había tomado por su cuenta, le diré que yo iba barruntando lo mismo.

Aquel día experimenté una sor-

presa, que no dejó de impresionarme. En la casa estaban el señor Remigio, su hija y otra persona que no era Engracia. Era un hombre, a quien yo conocía de vista por haberle encontrado muchas veces en el pueblo, pero cuyo nombre y condición ignoraba. Cuando hube saludado, el señor Remigio, notando mi perplejidad, dijo:

—Este joven es Joaquín Santos, compadre mío, que viene con frecuencia a hacerme compañía.

El aludido se inclinó, barbotando un ofrecimiento. Tendría sus treinta y cuatro años, era moreno, alto, con bigote áspero y caído. A primera vista me pareció algo repulsivo.

—Joaquín—prosiguió el señor Remigio—es mi mejor amigo. Yo fui padrino de su hijo primero y único, ahora hará dos años; el pobre tuvo la desgracia de que su mujer muriera del sobrepardo, y de que el niño siguiera a la madre poco tiempo después.

—Pues siendo amigo de usted

—dije yo a guisa de cumplimiento— desde este instante lo es mío.

Soledad estaba tan guapa como de costumbre. Cosía sentada junto a la ventana de la *gloria*, y una blusa clara, con flores diminutas, daba mayor realce a los encantos de su rostro moreno. ¿Qué damisela de ciudad, por bonita que fuese, podía compararse con ella? ¡Quien no hubiese visto aquella cara y aquel cuerpo, no sabía lo que era bueno!

—¡Ah, bribón!—me dijo familiarmente el señor Remigio.—¿Conque ya ha estrenado usted nuestro ferrocarril?

—Hombre, sí—repuse.—Estaba deseando, como los chicos, montar en él, y el domingo último hice un viaje a la capital con mi amigo don Ruperto.

—Las horas son muy cómodas —dijo el llamado Joaquín con voz que, queriendo ser suave, resultaba desapacible.—Puede salirse de aquí a las siete de la mañana, estar en la ciudad las mejores horas del día,

y regresar a Valdagua a las nueve de la noche.

—Lo que es ahora—repuso el señor Remigio—se pega la gente por montar en el tren. Parecemos chiquillos con zapatos nuevos. Hasta de los pueblos inmediatos acuden muchos para hacer un viaje, sin necesidad de ello, sólo por el gusto de verse en ferrocarril.

—Y ustedes—pregunté dirigiéndome especialmente a Soledad—¿cuándo piensan hacer el primer viaje?

—Yo ya quería haber ido a la capital—contestó la muchacha,—pero mi padre no está de humor.

—Pues si quieres venir conmigo—dijo Joaquín—dentro de tres o cuatro días iré.

La confianza de Joaquín en aquella casa era, sin duda, muy grande, para permitir semejante invitación.

—No—contestó Soledad;—iré con mi padre el día que se decida a ello.

La contestación de Soledad me pareció naturalísima.

—Por cierto—dije—que según mis

noticias ya se va usted animando a salir de paseo. Me han dicho que dos o tres días ha ido usted con Engracia hasta la estación.

—Es cierto—me contestó.—Me distrae mucho el paso de los trenes. Sin embargo, como ya me voy acostumbrando, empiezo a aburrirme.

No quise ser menos que Joaquín, aunque guardando las debidas conveniencias, y dije:

—Pues nada; si vuelve usted a dar ese paseo con Engracia, y quiere usted que yo también la acompañe, lo haré con mucho gusto.

Y luego, sin saber por qué lo decía, añadí:

—Es decir, a menos que no se oponga a ello alguna persona.

—¡Válgame Dios!—repuso la joven natural y sinceramente, riendo de buena gana.—¿Y quién quiere usted que se oponga?

Comprendí que había dicho una tontería, y salí del paso retrucando en tono de broma. La indicación era realmente superflua, puesto que sabía

por mis amigos que Soledad no tenía novio.

Cuando, después de una larga tertulia, salí de casa del señor Remigio, me acompañó hasta la mía el propio Joaquín. A medida que se hablaba con él, sin llegar a ser simpático, parecía menos desagradable. Era hombre muy corrido. Había estado en Cuba, como soldado, y se expresaba con desenvoltura, aunque su acento fuese áspero y duro.

Desde aquel día menudearon mis visitas al señor Remigio, o si he de hablar con más franqueza, a su hija. Casi siempre encontraba con ella a Engracia, tan amable y dicharachera. Soledad me atraía cada vez con más fuerza. ¡Había tal encanto en su rostro, tal ingenuidad en sus acciones, tal dulzura en sus palabras! Las aprensiones que sobre su carácter tuve en un principio, desaparecieron poco a poco. Allí no había esfinge ni «sujeto para un estudio psicológico», como suponía mi amigo el médico; allí sólo había una niña pura y bon-

dadosa, que dejaba traslucir los más recónditos rincones de su alma.

Parecíame, aunque a veces me temía que ello fuese tan sólo una ilusión engañosa, que yo no le era indiferente a la hija del señor Remigio. En las conversaciones que sosteníamos se mostraba conmigo franca, expansiva, contándome encantadoras niñerías. ¡Qué dulcísimos coloquios los que teníamos junto a la reja de la *gloria*, mientras yo miraba absorto aquellas marfileñas manos que trabajaban en la costura!

Más de una vez encontré en casa del señor Remigio a su compadre Joaquín. Aunque nos hablábamos ya con cierta confianza, nunca pude dominar la antipatía que aquel hombre me inspiraba. Y... no me agradaba verle cerca de Soledad. ¿Es que sentía yo celos, cuando no tenía ni pretexto para ello?

Y, sin embargo, nada permitía sospechar que a Joaquín le guiase otra cosa que su estrecha amistad con el señor Remigio, y el afecto que, en

consecuencia, sentiría hacia Soledad. El señor Remigio había sacado de pila al único hijo de Joaquín; la muerte privó luego a éste de su esposa y del niño; véfase solo, sin familia. ¿Qué mucho que depositara todos sus cariños en aquella casa?

Para afirmarme más en estas seguridades, cierto día, como por incidencia, hablé en la rebotica del asunto, manifestando que yo no veía claros los propósitos que guiaban a Joaquín respecto a Soledad. Mis tres amigos estuvieron de acuerdo en la respuesta.

—Joaquín— me dijeron— no va a casa del señor Remigio con intentos amorosos. De ser así, tiempo hubiera tenido de manifestarlo, ya que nadie se lo impedía. Sus sentimientos hacia Soledad son de otro género; la conoce desde pequeña y la trata como un hermano. Es, en verdad, un hombre de cuidado; pero en este particular, caso de que tenga usted algún interés, puede desechar los temores.

Con esto quedé del todo tranquilo.

El señor Remigio sacado de

Como, dado mi carácter y posición, no era cosa de andar galanteando como un mozalbete, decidí ir derecho al fondo del asunto. También esta vez consulté a mis amigos, rogando que me aconsejaran sobre mi propósito de pedir a Soledad relaciones amorosas, que habían de terminar, si ella daba su aquiescencia, con el santo nudo del matrimonio.

Su contestación fué también unánime: Soledad me convenía. Cierto que, si a la parte de intereses se miraba, no ponía yo ninguna pica en Flandes, porque el capital del señor Remigio era menguadísimo; pero como esta consideración era para mí muy secundaria, porque siempre tuve el defecto, defecto creo que es, de guiarme del corazón prescindiendo de la cabeza, a ojos cerrados debía acometer la empresa.

Y así lo hice. En una de mis frecuentes entrevistas con Soledad, la confesé, todo emocionado, el amor

que por ella sentía. ¿Debo creer que semejante declaración la cogió de sorpresa? No. Soledad esperaba, indudablemente, que tarde o temprano sucediera aquello.

Se tomó un plazo breve para la contestación, y ésta fué afirmativa. También yo lo esperaba así, ¿por qué negarlo?

No quise hablar *oficialmente* al señor Remigio, hasta que, en fecha no muy lejana, me decidiera a dar un paso más serio. Engracia, en cambio, se percató bien pronto de lo que sucedía, ya porque ella lo notara en nuestro semblante, ya porque Soledad la hiciera alguna indicación en el seno de la confianza. ¡Y que no se puso alegre la buena mujer!

—Eso tenía que suceder—dijo.—Hace mucho tiempo que yo me lo figuraba.—Desde que vino usted por primera vez a esta casa, cuando Soledad estaba dando de comer a las gallinas, le conocí en los ojos que la quería, ¿sabe usted? Y luego, cuando vi que venía usted a verla tan a me-

nudo, dije: Esto es cosa hecha; nuestro Juez se casa con Soledad. ¿Me equivocaba?

Claro está que desde entonces mis entrevistas fueron con carácter de novio. Solía ir por la tarde, de seis a ocho, cuando estaban en casa el señor Remigio y su prima Engracia. La conversación solía ser general, pero nunca faltaba ocasión para echar una parrafada en voz baja.

No pocas veces encontré allí a Joaquín... ¡Cosa rara! Me habían tranquilizado sobre este sujeto las palabras de mis amigos y mis propias observaciones, y ahora, cuando menos debía temer, porque el amor de Soledad me pertenecía, es cuando sentía mayores recelos. La delicadeza debiera haber alejado a aquel hombre de allí. ¿No sabía, siendo ya público en Valdagua, que yo había entablado con Soledad serios y formalizados amores? Pues entonces, ¿por qué se obstinaba en visitar asiduamente aquella casa, exponiéndose a que yo viera en él un rival?

Confieso que estas reflexiones no eran muy lógicas. Precisamente el hecho de continuar sus relaciones con aquella familia, constándole que yo era el novio de Soledad, demostraba que por su parte no había ciertos propósitos. Y, sin embargo, yo no podía dominar mi inquietud.

En el pueblo, como es de suponer, se habló mucho de mis amores con Soledad. Las muchachas se burlaban de mí porque «había ido a dar con una pobretona, que sólo tenía viento en la cabeza». Otros me compadecieron por el carácter de mi novia, suponiendo que tendría que domesticarla como a una fiera, para que fuese más sociable. Y no faltaba quien, más sincero, confesaba que me llevaba la mejor moza de toda la comarca. Sabido es que en estos asuntos cada cual opina según su punto de mira.

VI

Llegó el buen tiempo. Los cuatro amigos reanudamos nuestros paseos,

que para mí eran entonces más amenos y agradables. Le vega me parecía más hermosa; el río más alegre y juguetón; el cielo más puro. Los trenes que veíamos a lo lejos, rápidos y humeantes, me parecían mensajeros de mi dicha. Hasta el pueblo de Valdagua, con sus calles polvorientas y sus casas de adobe, aparecía en mi imaginación como una ciudad magnífica.

En aquellos paseos vespertinos nos alejábamos bastante de Valdagua, permitiéndonos llegar alguna vez hasta el pueblo de Merines. Mis amigos, participando de la felicidad que me embargaba, bromeaban sobre mi futuro matrimonio, que ellos suponían próximo.

—¡Cuidado—decía don Ruperto—que venir a encarcelarse en nuestro pueblo! Porque no lo dude usted, amigo Tomás, el matrimonio es una cárcel donde se cumple cadena perpetua con trabajos forzados. ¿No me ve usted a mí? Aquí me tiene usted con mis cuarenta y tantos años,

sin que jamás se me haya pasado por las mientes hacer semejante barbaridad. Bastante tengo con los reguñones de mi hermana.

—Poco a poco—añadía el médico.—Yo soy soltero, sin que, por ahora, tenga intenciones de casarme; pero no porque sea refractario al matrimonio, he de suponer que todos se encuentran en el mismo caso. ¿Tomás ha nacido para casado? ¡Pues dejémosle que se empareje con su Soledad!

—¡Diga usted que sí, Tomás!—terminaba el farmacéutico.—Usted ya conoce mi modo de pensar, ¿verdad? Ya sabe que yo no soy de los que se dejan alucinar, sino que, por el contrario, me paso de suspicaz y desconfiado. Pues bien; creo que el matrimonio es el estado perfecto. Y de mí puedo decir que, en seis años de casado, no he tenido motivo alguno de queja.

De este modo distraíamos nuestros paseos, con notoria satisfacción mía, que agradecía de verdad a mis amigos el interés que me demostraban.

En el asunto de Joaquín tomé al fin una determinación. Comencé insinuando mis dudas a Engracia, en la seguridad de que había de auxiliarme eficazmente en la solución del problema. Engracia quería a Soledad como a una hija; a mí también me había cobrado vehemente afecto y me trataba como de familia, demostrándomelo con la jovial franqueza que era peculiar en ella. Por interés de uno y otro, pues, había de decirme cuanto supiera.

—¡Por Dios!— exclamó sorprendida—¡Eso no es posible! ¿Cómo ha de estar Joaquín enamorado de Soledad? La quiere como a una amiga, mejor dicho, como a una chicuela a quien conoce desde que nació. Lo otro es una locura. Y además, aunque eso fuese cierto, ¿qué importaba? Soledad misma se encargaría de darle con la puerta en las narices. ¡Pues no faltaba más!

No contento con esto, decidí abordar de frente la cuestión, y hablé clarito a Soledad. La dije que las

continuadas visitas de Joaquín no me parecían bien; que aun a las personas extrañas habían de llamar la atención aquellas largas estancias en su casa; que aun siendo lícito, como era, el motivo que las ocasionaba, pudieran interpretarse de modo muy diferente; que al fin y al cabo Joaquín era joven, y su presencia insistente en el domicilio de una señorita, haría creer a muchos que el amor no era del todo ajeno; que siendo formales nuestras relaciones, no decía mucho en mi favor semejante visiteo; y, finalmente, que aunque ella no tenía culpa alguna de que Joaquín fuese tan importuno y poco discreto, debía poner término a tal estado de cosas.

Soledad, envolviéndome en una de sus miradas inmensas, y sonriéndome con la indefinible expresión de sus labios, me dijo:

—Ya me había figurado que tú tenías celos—nos tuteábamos desde pocos días después de mi declaración.—No seas tonto; no hay motivo para ello. Pero ya que me haces esa

advertencia, diré a Joaquín que no vuelva a poner los pies en esta casa.

Con esto quedó terminada la cuestión, y de ello no se volvió a hablar más.

Yo estaba convencido de que Soledad me quería. La veía solícita, cariñosa, hablándome como se habla a la persona preferida del corazón. Su carácter me parecía más abierto, más expansivo, como el de una muchacha de veinte años que se ve amada y feliz. Alguna vez observaba en ella como un chispazo de aquella languidez melancólica y misteriosa que tanto me preocupó al principio, pero aquello era sólo un fugaz relámpago, y pronto recobraba su serenidad habitual.

No me pareció que debía esperar más. Unos cuantos meses de trato me habían bastado para conocer a mi novia, y creí llegado el momento de dar el paso decisivo: la boda. Para ello comencé escribiendo a Retamar, pidiendo la venia a mis an-

cianos padres, que ya por otras cartas tenían noticia de mis relaciones.

¡Con qué entrañable cariño me contestaron los pobre viejos! «Si la joven es como dices—escribía mi madre,—buena y honrada, cástate, y que Dios os haga muy felices. Ya sabes que el dinero no trae la felicidad. Contentos y dichosos hemos vivido tu padre y yo durante treinta años, sin otra cosa que un pasar muy modesto. Cariño y honradez es lo que hace falta, que lo demás ello viene solo. Tú has hecho la elección, y como sé que eres bueno, supongo que la elegida será digna de ti. Os bendigo a los dos.»

Soledad y su padre prestaron su aceptación, y la nueva corrió bien pronto por todo el pueblo. ¡Qué demostraciones de júbilo las que hizo Engracia, mientras hablaba por los codos! ¡Qué abrazos los que me dieron mis tres amigos, hasta casi descoyuntarme! ¡Qué comentarios los que hicieron las mujeres de Valdagua, calificando a la novia de «pobre y

vanidosa» y al novio de «soso y desgarrado»!

Comenzando los preparativos, pasé a la ciudad para comprar el traje de boda de mi futura, alguna alhaja modestita, y otras cosas necesarias. Me gasté unos buenos cuartos, empleando casi todos mis ahorros; pero tuve la satisfacción de volver a Valdagua seguro de haber cumplido como bueno. Mis compras merecieron la aprobación de Soledad, con unos cuantos elogios para mi buen gusto, y con esto me consideré suficientemente pagado.

Cierto día fuí a casa de mi novia, y me encontré a Joaquín. Hablaba con mi futuro suegro, mientras Soledad fraginaba de un lado para otro. Desde que habíamos tenido la conversación a que aludí antes, Joaquín no había vuelto por allí, o a lo menos yo no tenía noticia de ello. Suponía fundadamente, aunque no me pareció prudente interrogar sobre el asunto a Soledad, que ésta le había puesto de patitas en la calle.

Por eso me sorprendía encontrarle de nuevo.

Soledad me explicó la causa. Joaquín sembraba unas tierras a medias con su padre, y se habían reunido para hacer las cuentas. La explicación me pareció muy lógica. Por otra parte, en la breve conversación que sostuvimos los cuatro, ella demostró su profundo desprecio hacia Joaquín.

A medida que se acercaba la boda, yo notaba un creciente desasosiego, una agitación febril. Y el caso estaba justificado. Al fin y al cabo trataba de dar uno de los pasos más importantes en la vida del hombre; iba a dejar la independencia de soltero para someterme a un vínculo indisoluble. Cualquiera en este caso, supongo yo, experimentará parecidas emociones.

A Soledad debía de ocurrirle lo mismo. Por lo menos yo la encontraba muchas veces ensimismada, abstraída, todo lo cual no podía atribuirse a otra causa. Quise animarla

un poco, sondeando al mismo tiempo su corazón, y la dije:

—¿Qué te pasa, Soledad? ¿Estás triste?

Ella, mirándome dulcemente, contestó:

—¿Triste yo? ¿Y por qué he de estarlo, si sólo tengo motivos de alegría?

—No, no lo niegues—repuse.—Yo noto en ti alguna cosa que no sé cómo explicar. ¿Es acaso que no me quieres?

—¡Por Dios!—exclamó prontamente.—¡No digas eso! ¿Esperas a estas fechas para dudar de mi cariño?

—Entonces ¿qué te pasa?.... Pero ya, ya sé lo que es. Sin duda piensas que dentro de pocos días tu vida habrá cambiado radicalmente... Que ya no serás una moza soltera, sino toda una señora casada; que podrán llamarte la *señora de Puertas*...

—Sí, debe de ser eso—me contestó.—Y además, que me acuerdo de mi pobre madre. ¡Qué feliz sería yo si ella no hubiese muerto y pudiera asistir a mi boda!

En los días siguientes me dediqué a llenar las formalidades sobre amonestaciones, etc.; y ninguna cosa merecería referirse, a no haber ocurrido un incidente de trascendencia.

Dirigíame a casa de Soledad, cuando poco antes de llegar me encontré a un vecino suyo, que me detuvo para darme la enhorabuena. Después de hablar breve rato, me dijo al despedirse:

—Va usted a casa del señor Remigio ¿eh? Hace un momento salía de allí Joaquín.

Presuroso, impaciente, llegué a casa de mi novia. Soledad estaba sola.

Yo no se qué terrible impresión sentí. Sin poder contenerme, pregunté con violencia:

—¿Ha estado aquí Joaquín?

Soledad me miró, como extrañando mi actitud. Después contestó serena y reposadamente:

—Sí, hombre, sí. Aquí ha estado hace muy poco tiempo. ¿Y por eso te pones de ese modo?

—Es que... ahora estabas tú sola.

¿A qué venía ese hombre?

—Pues a hablar con mi padre,
¿a qué había de venir? Vió que no
estaba, y se marchó en seguida.

Me reproché por mi impetuosidad.

¿Había cosa más natural que aquella?

* * *

Quince días antes de la boda salí
de paseo con mis amigos. Era tiempo
de vendimia, y por entre los viñedos
andaban hombres y mujeres cortando
los jugosos racimos, que colocaban
en cestos. Por los caminos, en direc-
ción al pueblo, marchaban los carros
cargados de uva.

El boticario estaba aquel día de
humor. Con sus chanzas consiguió
despertar la locuacidad de todos, y
en nuestra conversación se trata-
ron alegremente los asuntos más
opuestos.

—¿No saben ustedes—exclamó
Antúnez—que he compuesto un epita-
lamio para la boda de Tomás?

—¡Hombre!—dije yo.—¿Tan mal

me quiere usted que me va a dedicar unos versos?

—Sí, señor—contestó.—¡Y que son magníficos! Verán ustedes cómo empiezan:

Y subiendo sobre una ladera del camino, comenzó a recitar con tono enfático:

De mi musa los dones os entrego,
pues sois, al daros el nupcial abrazo,
dos vidas que se juntan en un lazo,
dos almas que se funden en un fuego.

—No está mal—dijo el médico.— Pero ¿cuándo va usted a dejar el culto de las Musas? Porque, francamente, los versos en un boticario creo que no *pegan* muy bien.

—¡Hombre!—exclamó Antúnez haciendo como que se exaltaba.— ¿Y por qué? ¿Acaso la profesión farmacéutica es incompatible con el estro poético? ¿No puedo yo tener tanta inspiración como el que más?

—No le niego a usted su mérito—contestó el médico,—por más que de esas cosas no entiendo casi nada.

Lo que digo es que los matraces y los botes deben ser antipoéticos.

—Y sobre todo—añadió don Ruperto,—que podía usted quejarse si le llamaran «mal boticario»; pero llamándole «mal poeta», creo que no tiene por qué ofenderse.

—Pues ahí tiene usted lo que son las cosas—replicó Antúnez chanceadamente:—a mí me pasa lo que a Walter Scott o a no se quién, que siendo un gran literato, no se molestaba si le decían que escribía mal, y en cambio se ponía de uñas si le negaban su competencia en agricultura.

Era nuestro boticario un hombre simpático por todo extremo. Los demás le apreciábamos mucho, y dejábamos que llevara siempre la voz cantante, porque tenía un gracejo natural que nos era muy agradable. Aquella tarde, como todas, no dejó la palabra de la boca.

¡Qué discurso nos espetó a la vista de un grupo de vendimiadores y vendimiadoras que, regocijadamente, se

hacían mutuos *lagarejos!* Nos habló de Grecia y de los campos de Chipre; del «dorado fruto de las uvas»—aunque, a decir verdad, en aquella tierra no es nada dorado, sino tinto y bien tinto;—del dios Baco y de Sileno; de la alegría que se encierra en el fondo de los toneles, pronta a desbordarse entre copiosas libaciones...

El buen Antúnez no pudo terminar su peroración, porque vimos que por el camino del pueblo se dirigía a nosotros, con alguna prisa, el alguacil del Juzgado. En seguida me figuré ocurría alguna cosa que reclamaba mi presencia.

—¿Qué es ello?—le pregunté cuando llegó hasta nosotros.

—Un muerto; mejor dicho, una muerta. Han llevado aviso al Juzgado de que el tren mixto ha cogido cerca de la estación a una mujer, destrozándola.

—¿Y no saben quién es?

—No sé. Sólo llevaron ese aviso.

—¿Y ha sido suicidio, o accidente casual?

—Tampoco lo sé. Esperan a que vaya usted para ponerlo en claro.

Con la urgencia que el caso requería, me puse en camino hacia el pueblo. Me siguieron mis amigos y el alguacil, haciendo cálculos sobre el suceso.

Como aquella tarde no había sido muy largo nuestro paseo, pronto nos vimos cerca del lugar de la ocurrencia. En la vía, como a medio kilómetro de la estación, se apiñaba un numeroso grupo de gente, contemplando silencioso el cadáver que allí yacía.

Cuando estábamos ya cerca, oí que una voz femenina, acongojada y llorosa, decía distintamente: «No hay duda: es ella. ¡Pobre Soledad!»

¡Cómo! ¡Qué decía aquella mujer! No cabía duda. Había dicho «Soledad.» Pero... ¿era posible?... No, no, de ningún modo. Tal vez una coincidencia de nombre... Tal vez una confusión... Veloz, apartando a todos, me abrí paso entre la gente, lleno de horrible ansiedad. Mis amigos me

segufan. Llegué hasta donde estaba el cadáver, y...

Y no se cómo pude sostenerme en pie, sin caer muerto en aquel mismo instante. Aquel cuerpo destrozado, aquellos despojos humanos, eran los de *mi* Soledad. Si en el primer momento me hizo dudar la desfiguración del rostro, bien pronto adquirí la terrible certeza al fijarme en algunos rasgos respetados por la muerte, y en los vestidos de la víctima, que no eran sino los que yo tantas veces había visto cerca, muy cerca, en la persona de Soledad.

¡Soledad mía! ¡Quién reconocería tu sin igual belleza en aquel cuerpo inanimado y sangriento! ¡Quién pensaría que toda tu hermosura, toda tu juventud, habían de perecer en un momento bajo las pesadas ruedas de un tren!.. Estaba el cadáver acostado en la parte exterior de la vía, con el brazo derecho extendido y el izquierdo seccionado por cerca de la mano. El pecho, horriblemente magullado, borbotaba aún sangre, que iba coagu-

lándose sobre las ropas y sobre el suelo. La cabeza se abría en anchísima herida, y el rostro parecía una masa informe. El resto del cuerpo estaba intacto. Sobre la falda color café que tan conocida me era, campeaba el delantal a cuadritos, circunstancia indicadora de que Soledad había llegado a la vía tal como estaba en casa.

Temiendo que la impresión me fuese funesta, mis amigos intentaron arrancarme de allí. No quise retirarme. Me retenía en aquel lugar, más que la obligación de incoar como juez las primeras diligencias, el deseo de saber cómo había muerto mi amada, de averiguar la fatalidad que había arrojado su precioso cuerpo sobre los rieles... De uno de los bolsillos del delantal asomaba un papel doblado, que empezaba a empaparse en sangre... El corazón me palpitó con violencia... Allí, allí sin duda estaba la solución del misterio... en cuyo caso habría que suponer que no se trataba de una desgracia fortuita.

Ordené que me entregaran el papel, y le desdoblé muerto de dolor, de zozobra y de miedo. La letra era de Soledad... Sólo había escrito unas cuantas líneas, con mano torpe e insegura. Sobreponiéndome al estado de mi ánimo, comencé a leer lo siguiente: «Perdóname, Tomás. Me suicido porque no puedo sobrevivir a mi desdicha. Joaquín...»

No pude leer más. Me faltaron la luz y las fuerzas, y caí entre los brazos de mis amigos.

* * *

Mi enfermedad fué larga y penosa. Mientras duró, no se apartaron de la cabecera del lecho mis tres cariñosos amigos, que no quisieron comunicar a mis padres lo sucedido para evitarles tan rudo golpe. El médico me atendió con la abnegación de un hermano; y gracias a sus cuidados y a mi fuerte naturaleza conseguí triunfar de la dolencia. Todo Valdagua, por otra parte, demostró hacia mí vivo interés.

Alguna vez, en el curso de la enfermedad, creí escuchar sentidos llantos en las habitaciones exteriores, pareciéndome los que lloraban el señor Remigio y Engracia; pero, si eran ellos, mis solícitos enfermeros no les consintieron pasar, temiendo que su presencia causara en mí funestos resultados. Yo tampoco puse empeño en ver a persona alguna. Lo que sí hice, en cuanto me sentí un poco mejor, fué extender una solicitud pidiendo mi traslado a otro punto.

La convalecencia fué también lenta. Pocos días después de verme restablecido, recibí el traslado para Abadal, en Extremadura. Me faltó tiempo para ir a mi nuevo Juzgado, no sin que la despedida de mis tres amigos, a quienes no olvidaré nunca, me hiciera derramar lágrimas. En Abadal continúo, hasta que los azares de la vida quieran arrojarme a otro lugar.



El Peñón del Cazador

—¡Alerta los cazadores de Cowgate! ¡Preparad la jauría! ¡Resuenen las trompas de caza en las concavidades de Glencoe! Ya el tímido cervatillo se oculta en los huecos de las montañas, temeroso de nuestra presencia. Busquémosle, y caiga moribundo al golpe de nuestras flechas certeras. ¡Alerta, mis cazadores! ¡Disponeos a partir!

Estas palabras, pronunciadas por Hodge, el primogénito de la ilustre familia de los Gastrell, resonaron por los ámbitos de la espléndida mansión de Cowgate, situada a orillas del Loch Leven, no lejos de Ballachulish, en Escocia.

El sol, apareciendo por entre las

brumas que coronaban los picachos de las montañas de Glencoe, expandía sus rayos primeros; las hojas de los árboles bullían acariciadas por el aura matinal; de sus leves moradas, asentadas en cimientos de ramaje, salía alegremente la muchedumbre de pájaros.

* * *

Ya los caballos piafan inquietos; los perros se agitan de un lado para otro. Todo está dispuesto. Los monteros de Hodge esperan sólo a que éste los gufe.

Ved: ya avanzan los cazadores. Atraviesan el Loch Leven por un rústico puente; ascienden a las verdes colinas y se internan en los espesos bosques. Más allá, en las montañas de Glencoe, la caza los espera.

Ved: delante de todos va Hodge. Su apostura es gallarda. De su lado izquierdo penden el arco y las flechas; del derecho, la trompa de caza.

Llegan a Glencoe y penetran en el oscuro valle. La jauría, impaciente

por lanzarse en seguimiento de los cervatillos, prorrumpe en prolongados aullidos.

Va a principiar la cacería. ¿Recuerda acaso el noble magnate que aquel valle es la cuna de Ossian? ¿Recuerda tal vez que aquellos paisajes han sido cantados por el bardo? No: sólo piensa en el asustado corzo que se guarece entre las peñas.

Los cazadores se dividen en dos grupos. Hodge va al frente del más numeroso. Pronto el bronco sonido de las trompas repercute en las rocas gigantescas.

Ved: los monteros sortean con sus caballos aquellos peñascos, que Ossian hollara siglos antes y que Fingal recorriera en sus cacerías.

¡Ah! Ya se presentó la caza. Al pasar por Grianan Dearduil, *el sitio inundado de sol*, un cervatillo salta ante Hodge y los suyos. Los perros le acosan; un dardo le hiere y la sangre brota de su cuerpo; pero el animal huye, y los cazadores le persiguen enardecidos. Hodge lanza

fieras maldiciones porque el cervatillo no cae.

De pronto los monteros se paran, como obedeciendo a un mandato. ¿Cuál es la causa? Hállanse ante un paraje llano y arcilloso, salpicado de arbustos. Todos los aldeanos de las cercanías saben que ningún escocés puede hollar aquel terreno, si no quiere sufrir terrible castigo.

—¿Qué os detiene?—pregunta el noble irritado.—¿No os atrevéis a seguir?

—Señor—contesta un montero:—sabéis que quien penetre ahí será castigado por el cielo.

—¡Cobardes!—exclama Hodge—Yo me basto solo para alcanzar al cervatillo.

Y, espoleando a su caballo, lanzóse raudamente por la planicie.

De pronto, el caballo paró en seco; Hodge quedó inmóvil, y los monteros pudieron ver desde lejos cómo se borraban repentinamente las siluetas de corcel y caballero, y aparecía en su lugar un peñasco enorme.

Aún hoy los campesinos llaman a aquella roca «el Peñón del Cazador.» Representa con bastante exactitud la figura de un jinete, que tiene un arco en las manos y una trompa de caza pendiente del lado derecho.

Bias y Ruberto

—Vuelvo a decirte que yo te he dicho muchas veces. Me paces a mí que esto va a acabar mal. Y lo he advertido ya que no seas capoteta y te vuelvas p' atrás.

—Pues yo te digo a ti lo contrario, Ruberto. Ya sabes que yo no tengo miedo a nada, y estoy dispuesto a romper la cruz si sigue así.

—¿Tú a mí? Pero ¿tú qué te has liguro? ¿Mira que si yo fuera a casarme...

Aún hoy los campesinos llaman a aquella roca «el Peñón del Cazador». Representa con bastante exactitud la figura de un jinete, que tiene un arco en las manos y una trompa de caza pendiente del lado derecho.

Blas y Ruperto

—Blas...

—Ruperto...

—Vuelvo a decirte lo que ya te he dicho muchas veces. Me parece a mí que esto va a acabar mu mal, y te lo alvierto pa que no seas cabezota y te vuelvas p'a atrás.

—Pues yo te digo a ti lo mismo, Ruperto. Ya sabes que yo no tengo miedo a naide, y estoy dispuesto a romperte la crisma si sigues haciéndome sombra.

—¿Tú a mí? Pero ¿tú qué te has figurao? ¡Mía que si yo fuera a asustarme de ti!

—Bueno; pues lo que yo te digo es que si te vuelvo a ver rondando a la Maruja, nos entenderemos.

—Pero, vamos a ver: ¿es que ella te quiere a ti? ¿Es por si acaso tu novia?

—Hombre... no; mi novia no es. Pero tampoco tuya.

—Bueno; pero ya la he pedido relaciones y ha quedao en que pa la setiembre me dirá su dicho.

—¡To! Eso tamién me lo ha dicho a mí. Pa terminar, que si tú tienes derecho a andar detrás de ella, yo tamién.

—Pero ven acá, bobalán. ¿Cómo quies que una chica tan guapa como la Maruja se peine pa un hombre como tú, que no sirve ni pa coger la garuela?

—¡Mia quien lo dice! ¿Y tú, que no sabes llevar un carro de nías, ni puedes tan siquiera con un coloño a cuestas?

—Por sí o por no, la Maruja me hace cara cuando la hablo, y baila conmigo si lo deseo.

—¿Pues qué, conmigo no baila?
¿No habla conmigo siempre que la
encuentro?

—Mira: el otro día fuí con ella
dende su casa hasta l'harrén de su
padre, y allí estuvimos de charla muy
bien de tiempo.

—Y yo fuí con ella diquiá el río, y
estuvimos parlando al abrigo de
unas tapias.

—To eso no significa nada. Y lo que
te digo otra vez es que como vuelvas
a acordarte de la Maruja, nos vere-
mos las caras.

—Lo mismo digo. Como te vea
otro día rondando su casa, me las
pagas... Por estas...

—El hombre que mire a la Maruja
con el aquel de ser su novio, es mi
mayor enemigo.

—Y mío, hasta morir. Conque ya lo
sabes.

—Tamién lo sabes tú. Y no hable-
mos más.

* * *

—Blas, parece mentira que después de lo que te he dicho el otro día, entodavía andes detrás de la Maruja.

—Pues yo ya estoy canso de decírtelo tantas veces, y veo que sigues cérrimo. Uno de los dos sobra, Ruperto.

—¿Pero no sabes que yo quiero a esa chica desde reguenín?

—¿Y no sabes tú que yo la quiero desde que andaba a gatas?

—¡Mia que atreverse el otro día a ir su misma casa! Y yo que lo estaba viendo desde el baburril de enfrente...

—Te alvierto, Ruperto, que iba a preguntar por su estao. Ya sabes que está enferma.

—Sí, ya lo sé; pero por eso mismo no debías ir a molestar. Y sobre todo, que a mí no me da la gana que tú te aprosimes por allí.

—Pues, vaya, esto se acabó. Quien no tiene que aprosimarse por allí eres tú. ¿Lo oyes?

—¿Yo? ¡No faltaba más! Yo tengo de ir por allí siempre que me se antoje.

—Vete, vete, que yo te juro...

—¿Qué estás ahí rufando? Si quieres que acabemos de una vez, nos vemos cara a cara, y santas pascuas.

—Pues, mira; si diquiá el sábado te vuelvo a ver acercarte a su casa, el domingo te espero aquí en esto, a estas mismas horas. Y veremos quién es más guapo.

—Pues lo veremos.

* * *

—Blas...

—Ruperto...

—¡Quién lo había de decir, Blas! Hace un mes chospando con sus amigas y ahora...

—¡Calla, Ruperto, calla! ¿Tú la vistes muerta?

—¿Qué hacer si no verla? Y estaba más guapa que nunca. Parecía un ángel de Dios.

—¡Pobre Maruja!

—¡Mia que la quería yo!

—Pues ¿y yo?

—¿Tú te acuerdas de aquellos ojos?

—¿Y de aquella boca?

—Mira, Blas, no quiero acordarme porque... ¿Ves? Ya estoy llorando.

—No te dé vergüenza, Ruperto, y dame un abrazo, porque yo... también lloro.

Índice

3	Este era un pastor...
31	Quarrela pesa al gato
48	El acrobata
59	La cabeza del burgomestre
69	El juez de Valdegras
156	El Peñón del Cardador
168	Blas y Ruperto

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Este era un pastor...	5
Buscar tres pies al gato.	31
El acróstico.	43
La cabeza del burgomaestre.	59
El Juez de Valdagua.	69
El Peñón del Cazador.	153
Blas y Ruperto.	158





PESETAS

ESTATE OF JAMES W. HARRIS, DECEASED.
ADMINISTRATOR.

IN SENATE,
JANUARY 18, 1907.